

ANA VICTORIA ESMERALDA

**No
SOLO
TU AMIGA**

No solo tu amiga

ANA VICTORIA ESMERALDA

© Ana Victoria Esmeralda, 2024

Diseño de portada: Ana Victoria Esmeralda

Primera edición: enero 2024

La licencia de uso de este libro es para tu disfrute personal. Derechos reservados.

«No Solo Tu Amiga» está Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo se podrá hacer con la autorización del titular salvo excepción prevista por la ley.

Capítulo 1

19 de mayo de 2023

No sabía cuánto te necesitaba hasta que te conocí. Por eso no puedo evitar llorar cada vez que veo nuestra fotografía, la del adiós, el momento justo en el que mi corazón se quebró con tu marcha.

Una foto en la que, con tus brazos rodeándome y tu sonrisa eterna en los labios, me regalabas un beso en la mejilla. El infinito recuerdo de tu despedida, de tu decisión que yo no podía aceptar, porque dolía en lo más profundo de mi ser, aunque no podía evitar que la tomaras.

Me enamoré de ti sin quererlo, sin pensarlo, sin haberlo deseado. De ti, de una mujer a la que le gustaban los hombres y que tan solo podía ofrecerme su amistad, y yo, yo deseaba más, no ser solo tu amiga.

Maldije a Google Photos por empeñarse en recordarme ese momento cada 19 de mayo. Acaricié la fría pantalla del móvil con las yemas de mis dedos soñando con las caricias de tus manos. Esas que para ti no significaban nada y para mí lo eran todo.

Siempre recalaba en la profundidad de tu mirada, en ella se ocultaban mundos infinitos que no querías contarme. Bajo el intenso azul de tus iris se libraban mil batallas de las que nunca me hiciste partícipe, aunque adivinaba que, en algunas, yo era causante y protagonista.

Aún recuerdo el tacto cálido de tus labios posándose en mi nívea piel. Solo necesite ese leve roce para que se desatase un río de lágrimas desde mis ojos. Aquel contacto concentraba tanto en tan poco espacio. Lo sentí como el Big Bang, los sentimientos que desataron aquel casto beso se expandieron con la misma fuerza por mi ser.

Me giré derrotando mis miedos, tenía tan poco que perder en ese momento. Cubrí tus labios con los míos con mis ojos cerrados. No pude ver el gesto de tu cara, pero sentí que tu boca seguía pegada a la mía unos segundos sin rechazar mi contacto. Sostuviste mi cintura con tus manos y danzaron nuestros labios.

Pensé que había ganado, que con mi órdago a la chica habías sucumbido a mis encantos, pero cuando la magia perdió su efecto perdí el calor de tu boca y de tus suaves manos. Te alejaste de mí, con pasos cortos, lentos, rompiendo con cada uno los hilos del destino que nos unían.

Caminaste, sin mirar atrás, hacia el vagón que te llevaba a tu nueva vida sin mí. Y yo me quedé allí, sin fuerzas para perseguirte, sin fuerzas para hacerte cambiar de opinión, sin argumentos para convencerte de sustituir tu sueño por una vida a mi lado.

El ardor de las lágrimas pulsantes en mis ojos me trajo de vuelta al presente. Guardé mi móvil en el bolsillo y los recuerdos en mi alma. Ya han pasado cuatro años de aquel 19 de mayo, tú apenas quieres recordarlo, yo lo tengo grabado en mi piel a fuego lento.

Capítulo 2

10 de mayo de 2019

La resaca nunca ha sido buena compañera, menos aun cuando las responsabilidades llamaban a tu puerta y no puedes eludirlas. Había embebido la noche en alcohol y mis neuronas se llevaban quejando desde el mismo momento en el que el estridente timbre resonó en las estancias de mi humilde apartamento para sacarme de los brazos de Morfeo y recordarme la cita que me esperaba esa mañana.

Sabes bien que la adoro, con toda mi alma, pero tener a una pequeñaja revoloteando por mi casa mientras una colonia de pájaros carpinteros se había instalado en mi cabeza no era el combinado que deseaba para reponerme de mi desastrosa noche. Aquella enana era la mejor medicina para los males del corazón, la amaba, a ella y a su madre, aunque esa mañana no deseaba curas, sino poder regodearme en mi autocompasión.

Me levanté gruñendo para abrir la puerta con mi pelo enmarañado, las legañas en los ojos y mi cuerpo cubierto con una larga y roída camiseta de tirantes. Al abrir la puerta mi sobrina se lanzó a mis brazos sin ser consciente del riesgo al que se sometía al hacerlo con mis sentidos aún aletargados.

Mi hermana me miró juzgándome en silencio. Agitaba su cabeza hastiada de verme en ese estado semicomatoso desde hacía dos semanas. Ella era más de un clavo se quita con otro clavo que con ingesta desmedida de alcohol. Aun así, se guardó los reproches en el buche y avanzó al interior de la vivienda para prepararnos un desayuno antes de irse de excursión romántica con su nuevo ligue.

—¿Estás segura de que estás en condiciones de cuidar de Julia? Puedo anular...

—No vas a anular nada. Yo me quedo con ella, además, será Julia la que cuide de mí hoy, ¿verdad, peque? —pregunté revolviendo su pelo a lo que me respondió con una sonrisa traviesa.

—Volveré antes de la cena.

—¿Temes que me la lleve de fiesta?

—Hermanita, hermanita, tanto alcohol y desenfreno no van a borrar los cuernos ni las ganas locas que tienes de perdonarla.

—No, pero ayuda, Alma. —Aferré con mis manos la taza de café que mi hermana puso delante de mí dejando de acariciar la espalda de Julia que seguía sentada a mi lado—. Sabes que se me pasará y todo volverá a su cauce.

—Pau, cariño, es solo una mujer, una mala mujer —intentó consolarme rodeando mis manos con la suyas sobre la taza de café—. Si no es ella es otra, u otras, eres joven, disfruta, estar en pareja no es la única forma válida de disfrutar de la compañía de alguien.

—Sabes que no sé ser como tú, Alma. Eso de tú en tu casa y yo en la mía sin ataduras, según nos apetezca, no va conmigo. —Tomé un sorbo de café para darme tiempo a ordenar mis ideas antes de continuar—. Si alguien me gusta de verdad lo doy todo.

—El problema, Pau, es que la gente ya no es cómo tú, están dispuestos a que la otra persona lo de todo, pero no a entregarse en cuerpo y alma.

—Déjame que piense lo contrario —rogué con mi vista centrada en la mesa.

—Hermanita, olvídate de sueños de princesas azules, si llega llegará, pero mientras tanto besa sapos, muchos sapos y vive la vida, que pareces una señora de 70 años encerrada en una mujer

de 40.

—Bueno, eso va a cambiar hoy, esta pequeña me vuelve una irresponsable —dije guiñándole un ojo a mi sobrina que se subió en mi regazo.

—No es con ella con quién quiero que lo seas. —Mi hermana se acercó a nosotras cogiendo en su cuello a Julia para depositar un beso en su mejilla antes de devolverla a mi regazo—. Os dejo, que me esperan mis «obligaciones». Cuida bien de ella.

—Lo haré, mami —respondió inmediatamente Julia, ante lo que ambas nos echamos a reír.

Capítulo 3

10 de mayo de 2019

Estuve a punto de quedarme en casa esa noche. Toda una tarde de juegos con Julia y la resaca, que no quería abandonarme, me habían dejado el cuerpo con más ganas de cama que de fiesta. Pero solo sabía apagar el agujero negro que tenía por corazón esos días regándolo con alcohol que me hiciese olvidarla. ¿Te imaginas que me hubiese quedado durmiendo esa noche? ¿Crees que nos habríamos conocido igualmente? ¿O qué el hilo rojo del destino que nos une se habría roto?

Ese destino travieso, que enreda nuestras vidas para entretener sus horas vacías, hizo que el dolor que me consumía guiase mis pasos hasta ti.

No recuerdo la última vez que había pisado un bar de copas fuera del ambiente antes de esa noche. Las palabras de mi hermana habían estado pululando por mi mente mientras jugaba con su hija. De haberme metido en un bar repleto de mujeres habría caído en la trampa de Alma, dejándome llevar a un encuentro sexual sin amor, traicionando mis principios y pasándome las siguientes semanas consumida, no solo por la angustia que ya era una okupa de mi alma, sino también por el sentimiento de culpa. Preferí no tentar a la suerte dejándome caer en la barra de un bar en el que los moscones que se me acercasen careciesen de atractivo para mí.

¿Cómo iba yo a saber que por alejarme del peligro me iba a meter de lleno en la boca del lobo? ¿Qué ibas a aparecer en mi vida como un huracán arrebatador que con tan solo un cruce de miradas ibas a apoderarte de mi alma?

Solo quería aferrarme a la barra de ese bar, amarrada a mi 43 con cola que vaciaba a sorbos cortos por la pajita, con mi vista posada en las botellas que decoraban la pared de enfrente. La música elevada no invitaba a conversaciones, o al menos eso creía hasta que, casi acabando mi tercera copa, un baboso se acercó para intentar ligar conmigo.

No sé si lo recuerdas, era alto, moreno, engominado, con la barba bien arreglada y una camisa azul clara con el símbolo de Ralph Lauren bordado.

Lo miré de arriba abajo sorprendida por el atrevimiento de aquel hombre y su verborrea incansable. No entendía nada, supongo que fruto de la mezcla de mi ingesta de alcohol combinado con el ruido ambiente. Veía su cara más cerca de la mía a cada segundo que pasaba. Por más que avanzaba distraídamente hacia atrás para evitar su cercanía era incapaz de alejarme de él.

Cogí mi copa para intentar escaparme de aquel hombre y me giré, encontrándome de frente con tu mirada. Era imposible que sintieses lo mismo que yo, que me quedé anclada en la profundidad de tus ojos azules, en la luminosidad de tu sonrisa, en la voluptuosidad de tus carnosos labios rojos, en la delicada y efímera caricia de tu mano. Como si mi cuerpo reconociese tu alma de una vida pasada.

Fue una fracción de segundo, el tiempo necesario para tomar la peor decisión de mi vida, pero enténdeme, solo quería escapar de aquel pesado que seguía pensando que quien la sigue la consigue, aunque no tuviese la mínima oportunidad. Discúlpame si te sentiste acosada por una desconocida, pero fue lo único que se me ocurrió para escapar de la remora que llevaba dos copas pegada a mi lado esperando que me fuese con él.

—Menos mal que ya has llegado. —Te besé, un pico efímero, entrelazando mis dedos en tu

mano—. Perdona, chico, pero, ya sabes, tengo que cumplir con mi novia —dije alejándome al centro del bar contigo ligada a mi mano.

Perdóname por lanzarme a tus labios de fresa, por atreverme a enlazar mi brazo en tu cintura, por arrastrarte a la pista de baile, por enredar mis dedos en tu mano, por asaltar tu fortaleza sin pedir permiso. Discúlpame, Esther, por lo impulsivo de mis acciones que supiste entender al momento. Siempre admiré esa capacidad tuya de comprenderlo todo, de analizar las situaciones en menos de un segundo y tomar decisiones que a otros nos habrían tomado milenios.

Bailaste pegada a mí sin perder de vista al engominado, hasta que este dejó de mirarnos. Fue entonces cuando sentí por primera vez tu cálido aliento en mi oído.

—Creo que estás fuera de peligro. Ya le ha echado el ojo a otra presa.

—Gracias...

—Esther, me llamo Esther.

—Paula —contesté alzando mi mano.

Nuestras pieles se tocaron. Sentiste el calambrazo como yo, las dos nos retiramos en un acto reflejo, sonriendo. Y sin nada más que decir, sin saber que contarle a una desconocida que me había salvado del depredador nocturno, alcé mi brazo en señal de despedida y avancé trastabillando para alejarme del peligro de caer rendida en tus brazos. Unos brazos que sentí sosteniéndome al instante para evitar que diese con mis huesos en el suelo, en mitad de la pista de baile. Volteé mi rostro para enredarme de nuevo en esos ojos azules intensos que me atrapaban como las algas del mar de los sargazos.

¿Qué terrible magia habías desplegado, bruja del este, para que, en medio del mar de desesperación en el que estaba ahogándome, solo pensase en besarte, en surfear las ondulaciones de tu cuerpo, hacer espeleología entre tus piernas, rappel en los rizos naranjas de tu melena, senderismo por cada poro de tu piel?

Aún a día de hoy no sé si la conexión que sentí contigo fue magia, destino, fruto de ver en tu aura la esperanza de la salvación de mi alma triste o el resultado del alcohol ingerido.

Solo sé que el resto de la noche desapareció de mi memoria. Que desde que sentí de nuevo el tacto de tu piel en mi brazo, todo mi cuerpo ardió en combustión espontánea deseando algo que jamás podría tener.

Capítulo 4

11 de mayo de 2019

Conoces mi mal despertar, por eso no te sorprenderá que te diga que esa mañana parecía el Grinch de la Navidad cuando unos timbrazos insistentes me trajeron de vuelta a la consciencia con la cabeza a punto de explotar de nuevo. ¿Dónde habían quedado los años en los que sintetizabas una tremenda borrachera en una noche de sueño?

Rodé por el colchón para incorporarme sintiendo la tibieza de las sábanas que no habían cubierto mi cuerpo. Me incorporé con dificultad gritando un «ya va» a la puerta.

Arrastrarme por el pasillo gruñendo en las mañanas se estaba convirtiendo en una costumbre en las últimas semanas. Abrí para encontrarme con Alma al otro lado del umbral que separaba mi casa del pasillo. Me miró de arriba abajo, juzgándose sin palabras, hasta que no pudo más y acompañó su paseo al interior con un buen repaso a mi actitud.

—¿Otra noche loca de alcohol? Mírate, no puedes seguir así, Paula. Espabila. No eres la primera ni la última a la que le ponen los cuernos.

—No, tú fuiste antes que yo.

—¿Y cual fue el problema? ¿Me viste a mí encadenar borracheras, despertarme con un pijama de Winnie The Poh y los pelos cómo si los hubiese metido en un enchufe mañana tras mañana?

Bajé mi vista para comprobar que en realidad era ese el pijama que llevaba puesto, hacía décadas que no lo usaba. Desde que dormía acompañada prefería acostarme en ropa interior para sentir el calor de la piel de la mujer que dormía a mi lado.

—Paula, cariño, de verdad, tienes que salir, relacionarte. Conocer gente.

—Creo que anoche conocí a alguien.

—¿Crees?

—Sí, bueno, lo tengo algo borroso, pero sí, creo que sí.

—Eso está bien. ¿Y cómo es?

—Hetero.

—Eso no está tan bien. Pero hetero, hetero...o hetero pero a lo mejor...

—Alma, por favor. No voy a acosarla para comprobarlo. Y, ¿qué haces tú aquí hoy? No tenía que cuidar de Julia, ¿verdad? —Negó con la cabeza alzando su mano para enseñarme un anillo en su dedo anular— ¿Qué es esto, Alma? ¿Te casas? —Me hizo un gesto afirmativo lanzándose a mis brazos—. ¿Cómo que te casas? No puedes casarte, eres una antirelaciones, ¿y Julia? Pero, ¿con quién? Llevas meses saltando de cama en cama, ¿cómo te vas a casar? ¿Estás loca?

—No, estoy enamorada.

—La madre que me parió, te casas —afirmé comenzando a asimilarlo.

Abracé a Alma con todas mis fuerzas. Estaba feliz por ella, peque, muy feliz, aunque todo aquello me pareciese una auténtica locura, pero así era mi hermana, impulsiva, cariñosa, aunque no enamoradiza, todo lo contrario a mí.

El abrazo se deshizo cuando escuchamos el ruido del bombín. Nadie tenía las llaves de la casa salvo Alma y yo. No tuvimos tiempo de más, abriste la puerta apareciendo tras ella radiante, con la misma ropa que llevabas en el bar, un par de cafés en tu mano y una bolsa colgando de la muñeca de la que emanaba un delicioso olor a churros.

Las dos nos giramos hacia ti con sorpresa. No podía creerme que siguieses allí, a mi lado, al

lado de una completa desconocida, una borracha que se atrevió a invadir tu boca sin mediar palabra. Me sonrojé muerta de vergüenza al recordar retazos de la noche anterior.

—¿Interrumpo algo? —preguntaste cohibida—. ¿Alma?

—¿Esther? —Mi hermana comenzó a mirarnos y señalarnos alternativamente antes de preguntarme enfadada—: ¿Qué hace Esther aquí?

—¿Os conocéis? —Mi sorpresa iba en aumento.

—Claro, ella es mi... —comenzó a decir Esther

—Cuñada —dijeron las dos al unísono.

¿Cuñada? Alma no se había casado, yo no conocía a su pareja y sin embargo se trataba con su cuñada, contigo, con una familiaridad que no había visto tener con ningún otro familiar de sus ligues. ¿Qué había pasado entre mi hermana y yo para que no confiase en mí como para decirme que estaba enamorada? ¿O era yo que estaba tan centrada en mi vida que no era capaz de pensar en la de los demás? Peque, en ese momento me olvidé por completo de la atracción que sentía por ti, porque me había dado cuenta de lo mucho que me había alejado de ella a pesar de mantener el contacto, de lo mucho que mi relación con mi ex me había aislado del resto del mundo. Y entonces me sentí una estúpida, una verdadera imbécil, por haber dejado que ella fuese todo mi mundo, por haberle dado toda mi vida, mi tiempo, mi atención, a cambio de humillaciones y desprecio.

No pude regodearme más que un momento en mis pensamientos, porque enseguida noté las garras de mi hermana haciendo presa en mi brazo por encima del pijama de franela.

—Perdónanos un momento, Esther, voy a acompañar a mi hermanita a que se de una ducha.

Y me arrastró por el pasillo mientras te escuchaba trastear en la cocina preparándonos el desayuno. El sonido de la puerta del baño cerrándose fue el detonante que desató la tormenta en la boca de Alma.

—¿Tú estás loca? Cuando te dije que besases sapos no me refería a ese sapo en concreto —me regañaba en susurros señalando en dirección al salón—. Y que sepas que es hetero hetero, no de las que a lo mejor prueban y experimentan, hetero de las que se les caen las bragas cuando ven un buen maromo con el pecho descubierto.

—Pues se le caerán las bragas con un buen maromo pero mi cama estaba calentita esta mañana.

—Pero, ¿cómo se te ocurre? Con mi cuñada, ¿qué le digo yo ahora a Luis?

—Nada, ¿qué le tienes que decir?

—¿Qué mi hermana se ha follado a la suya?

—No me acuerdo, Alma, no me acuerdo de lo que pasó.

—Pero me dijiste que habías conocido a alguien y que tu cama estaba caliente.

—Solo sé que la besé, no recuerdo más.

—Bien, bien, la besaste, solo eso, ya me quedo más tranquila —seguía hablando y gesticulando exageradamente con sus brazos—. Pero en mi mundo si hace cua cua, camina como un pato y parece un pato, es un pato.

—¿Qué cojones me estás contando?

—Que la besaste, que aparece por la mañana abriendo la puerta de tu casa, con churros y café, que ha dormido en tu cama, que lleva la misma ropa con la que salió ayer de casa de Luis, por favor, Paula, que os habéis acostado, vaya si os habéis acostado.

—¿Y qué si fuese así?

—Que ella tiene novio, Paula, que tú eres una enamoradiza, que lo vas a pasar mal, otra vez, cielo. No te enamores de ella, no os jodáis la vida. Esther solo ha venido una semana para

ayudarnos con la boda, luego se volverá a su vida, con su novio.

—Hermanita, si tú puedes casarte, yo puedo ser un alma libre, liarme con toda hija de vecina, salvo con Esther, prometido. Esto parece el mundo al revés.

—Solo quiero que no sufras, Pau.

—Lo sé, hermanita, lo sé. Y ahora vete, que voy a ver si me ducho y me quito este pijama antipolvos, ¿de verdad crees que llevando esto puedo haber tenido algo con ella?

—No sé, fantasías más raras he visto.

—Anda, vete, y quiero esos churros calentitos cuando salga —la advertí lanzándole una toalla que esquivó con habilidad.

Capítulo 5

11 de mayo de 2019

Me costó alejarme de esas gotas de agua hirviendo que acariciaban mi piel resbalando por lugares que sabía que tus manos jamás recorrerían. Me sentía incapaz de salir de aquel baño de placentero vapor y gotas de lluvia simuladas que cubrían cada parcela de mi ser dándome el calor que hacía tiempo no me había proporcionado ningún cuerpo. Más aún sabiendo que al otro lado estabas tú, con tu radiante sonrisa, con esa alegría interminable y esa mirada que no me había juzgado cuando había asaltado tu boca. Te debía mil disculpas y no sabía cómo pedírtelas.

Quizás, empezar a hacerme a la idea de que jamás haríamos nudos de marinero con nuestras piernas, que jamás volvería a explorar tu boca, que eras un sueño imposible, un alma que no podría atar a la mía, sería un buen comienzo para alejarte de mi mente.

Íbamos a ser familia, política, eso sí, pero aun así familia, y eso te volvía intocable para mí. Sequé mi pelo lanzando la toalla arrugada al suelo junto con mis ganas de ti, relegándote a un lugar entre de mis conocidos y allegados.

Mientras acababa de adecentarme para el desayuno compartido con vosotras tomé la firme decisión de no dejarme llevar por el amor en esta ocasión. Me volvería una mujer fría, de ligues de una noche, disfrutaría de la vida sin complicaciones, dejaría de ser yo, una tonta enamoradiza que siempre acababa con el corazón roto y pisoteado, empapándolo en alcohol para olvidar el daño que me habían hecho las personas que había convertido en el centro de mi Universo.

Salí con decisión del lavabo para encontraros sentadas en la isleta que separaba el espacio diáfano entre la cocina y el salón. Allí estabais las dos, riendo, felices, admirando el anillo de prometida de Alma, comiendo churros con una sensualidad que a punto estuvo de echar al traste con la decisión tomada. Te observé durante unos segundos sonriendo como una tonta con mi hombro apoyado en la pared. Me perdí en el azul océano de tus ojos. Quizás era el reflejo de mi alma, pero creí adivinar una sombra de tristeza en la profundidad de tu iris cuando mirabas aquella alianza.

En aquel momento, toda la seguridad, toda la fuerza, que parecías tener en la noche, se difuminaban convirtiéndote en una niña necesitada de cariño. Me acerqué a vosotras reteniendo mis desbordantes ganas de abrazarte. Las acallé con un beso en la mejilla a Alma mientras te miraba y me sentaba a vuestro lado.

—Ey, Alma, sin vergüenza, te has comido mis churros —protesté.

—No vi que llevasen tu nombre.

—Pero si ni siquiera sabíamos que ibas a venir, Esther los trajo para mí.

—Sí, los trajo para ti, y en algún momento me tendréis que contar el porqué de tantas atenciones. —Nos miraba con el gesto fruncido intentando entender lo que había pasado entre nosotras.

—Ella me besó, me acogió en su cama, tenía que devolver el favor, ¿no crees, cuñada? —respondiste con toda naturalidad mientras yo te miraba sin entender.

—Mejor no quiero saber nada. Lo que pasa en casa de Pau se queda en casa de Pau. Lalalalalalala —canturreaba con las manos apoyadas en los oídos que no tardaste en retirar suavemente entre carcajadas.

—No pienses mal, cuñada. Paula se encontraba en un aprieto en una discoteca con un tío

pesado y fui su salvación.

—¿Y cómo la salvaste? ¿Acostándote con ella? Ten cuidado que esta mujer no es de polvos de una noche.

—Vamos que no es como tú —replicaste con habilidad ante mi asombro —, o cómo mi hermano, reyes del Tinder que habéis acabado enredados en el amor.

—Que perra eres, Esther.

—Ja, ja, ja. Si llegas a estar allí anoche tú también le hubieses seguido el juego a tu hermana, Alma. No veas el tío que petardo. Nos hicimos pasar por pareja, sí, pero es que Pau iba tan perjudicada que no hacía más que trastabillar y, bueno, entre nosotras tenemos que ayudarnos.

—Sin conocernos, Esther, te lo agradezco, pero podía ser una psicópata —respondí con un amago de sonrisa.

—Con la borrachera que llevabas encima como si eras Anibal Lecter, no habrías sido capaz de hacerme nada, si casi no te puedo ni meter en el taxi.

—Dios, tengo que dejar el alcohol.

—A ver si es verdad, que desinfecta las heridas, pero no las del corazón —bromeó mi hermana mirando el reloj—. Voy a llegar tarde. —Se metió un último churro en la boca, cogiendo todos sus trastos—. Mafcho, no fego a tafagar.

Se despidió dejándonos solas delante de sendos cafés. Te aferraste a la taza perdiendo tu mirada en ella. Toda tu felicidad se esfumó de golpe con el sonido de la puerta cerrándose. Dudé por un momento antes de posar mi mano en tu antebrazo. Levantaste tu cabeza engarzando tu profunda mirada en la mía haciendo que nuestras tristezas bailasen en el espacio que había entre nuestros ojos.

—¿Estás bien? Lo que pasó anoche...yo, yo, lo siento.

—No tienes porque disculparte, Paula. Todas hemos tenido una mala noche.

—Pero yo, no...

—No pasa nada, hubiese acompañado a su casa cualquier mujer en ese estado con un acosador cercano.

—No te fuiste —afirmé confusa

—Porque no tenía dinero para el taxi de vuelta a mi casa, era tarde, no me apetecíairme andando a la otra punta de Salamanca.

—Lo siento.

—No tienes que disculparte, ni por el beso, ni por la vomitona, ni por insistir en dormir en el sofá, ni por abrazarme mientras susurrabas el nombre de tu ex: «Fran, Fran» Ja, ja, ja.

—Ay, Dios —acerté a decir mientras hundía mi cara en el hueco creado con mis brazos unidos sobre la meseta—. Tengo que dejar el alcohol.

—No debió ser una ruptura fácil.

—Ninguna lo es —aseveré desde mi escondite sintiendo el tacto reconfortante de tu mano sobre mi espalda—. No me has respondido si tú estás bien, después de lo de anoche... —pregunté elevando mi cabeza para confrontar su mirada.

—¿Yo? ¿Por qué no iba a estarlo?

—No sé. —Me encogí de hombros con mi barbilla apoyada sobre mis brazos—. Hay primeras veces que hacen que nuestras ideas y nuestros deseos choquen, puede provocar confusión, tristeza, como la que leo en tu mirada.

—No sé de que me estás hablando, Pau.

—De nuestra noche juntas.

—No es la primera vez que he dormido al lado de una dama. Es cierto que tus ronquidos en mi

oído incomodaron un poco mi descanso, pero descansé igualmente a pesar de que me confundieses con ese hombre que te traicionó abrazándome fuerte contra ti.

Me sonreíste de nuevo desarmándome, arrancando con tus palabras la esperanza de haber tenido algo contigo, la esperanza de que si había navegado una vez entre tus piernas podría volver a hacerlo.

—Lo siento.

—¿Otra vez? —Se levantó acercándose a mí—. De verdad, ha sido una forma divertida de conocer a mi concuñada. —Posaste tu mano con delicadeza en mi rostro para acercar mi mejilla a tu boca y regalarme un beso que saboreé con mis ojos cerrados—. Tranquila, de verdad, a todas nos han abandonado alguna vez. Entre nosotras...

—...Tenemos que ayudarnos.

Acabé tu frase decepcionada por la confirmación de que entre nosotras no había habido más que ronquidos aunque aliviada de no haber complicado más las cosas contigo.

—Ahora espabila, he venido a ayudar a esta gente con su boda, pero dado que me han contado que estás de año sabático, voy a robarte todo tu tiempo para que me ayudes.

—¿Yo? —pregunté sorprendida.

—Sí, tú. Quizás descubras lo que te gusta de verdad esta semana conmigo. —Lo sabía, créeme que lo sabía y por eso anticipé una semana de tortura a tu lado—. ¡Vamos! —me apremiaste ofreciéndome mi abrigo antes de tirar de mí hacía un mundo lleno de aventuras a tu lado.

Capítulo 6

11 de mayo de 2019

Te seguí por cada floristería que quisiste visitar, viendo como observabas cada detalle de las diferentes tiendas. Las flores que tenían, como preparaban los ramos, la calidad del material, preguntando a las dependientas sin parar y haciéndome comentarios cada vez que abandonábamos un local.

Yo asentía sin entender muchas de las cosas que me comentabas. Querías hacer de mí tu ayudante y en lo único en lo que quería ayudarte era a borrar la tristeza de tu mirada, quería ver brillar esos ojos de felicidad. Aunque yo no te hacía falta para atraer la alegría, ese trabajo alejaba las tormentas de tu cabeza, hacía crecer una sonrisa inocente en tu rostro que me regalabas cada vez que girabas la cabeza hacia mí en busca de mi aprobación.

¿Qué iba a aprobar yo si me tenías hipnotizada a pesar de convencerme de que no eras para mí?

Recuerdo el momento exacto en el que escogiste una rosa de un rojo intenso, con sus pétalos mínimamente abiertos. Absorbiste su aroma con los ojos cerrados. Deleitándote en ese sencillo placer tus facciones se relajaron y, cuando abriste tus párpados y me miraste, me sonreíste, con tu boca y con el azul intenso de tus iris. Avanzaste hasta mí ofreciéndome la flor, procurando que no la cogiese por las espinas.

Me quedé allí, en mitad de la nada, con la rosa en mis manos, observando cómo te alejas y pagabas. Imité tu gesto. Cerré mis ojos para poder percibir el intenso aroma y en mi mente se dibujó tu imagen haciendo lo mismo. Fue en ese instante cuando lo supe, sin apenas conocerte, sin poder hacerlo como a mí me gustaría, sin la más mínima esperanza de que pudieses sentir lo mismo que yo, estaba enamorándome de ti, de la luz que emanabas, de tu pasión, de la fuerza que desprendías y de esa tristeza que te acompañaba y yo quería lograr desterrar.

Podría haberme pasado así el resto del día, pero el cálido tacto de tu mano sobre la blusa a la altura de mi hombro me trajo de vuelta a la realidad. Estabas a mí lado, sonriendo de nuevo, elevando la tarjeta de la floristería a la altura de mi vista, emocionada como una niña pequeña que ha cumplido su deseo.

—Lo hemos conseguido, tenemos floristería. Mañana vendremos para explicarle exactamente lo que queremos. Ahora nos merecemos un descanso. ¿Dónde me llevas a comer?

—¿A comer?

—Sí, a comer —respondiste enhebrando tu brazo en el hueco del mío para dirigirme hacia la salida de la tienda.

—No sé que te gusta. No te conozco.

—Eso tiene fácil solución. Llévame a un sitio que te guste a ti.

—¿Y si a ti no?

—Si a mí no habremos descubierto que tenemos gustos distintos.

Y tan distintos, peque, yo era más de mujeres y tu más de hombres, aunque imaginaba que no era a eso a lo que te te referías precisamente.

Estábamos cerca de la calle Van Dyck, así que se me ocurrió llevarte a probar las tostas de El Minutejo. Siendo organizadora de bodas imaginé que estarías acostumbrada a otro tipo de locales más sofisticados, pero quería que conocieses la esencia de la ciudad, pensé que en esa semana

que teníamos por delante te haría una ruta de los pinchos como Dios manda por Salamanca y por algún bar había que empezar.

Nos sentamos en una mesa alta al fondo, la única que quedaba libre en ese momento. Te recogiste un mechón rebelde que se había escapado de tu coleta detrás de tu oreja y, en silencio, con tus manos entrelazadas atrapadas entre tus muslos y la mirada baja, esperaste a que llegase el camarero y yo pidiese.

Escogí por ti, un variado de tostas, unas patatas Minutejo y un par de cervezas. Posé la rosa en la mesa con los pétalos mirando hacia ti, ellos tampoco querían perderse la más mínima oportunidad de observar tu belleza.

Estabas perdida en tu mundo, frunciendo el ceño, mordiéndote el interior del carrillo, después tu labio inferior, pensando, maquinando. Eras incapaz de dejar de trabajar ni por un segundo, más aún cuando tenías tan poco tiempo para organizarlo todo.

—¿Por qué hay que preparar la boda en una semana? ¿Hay algo más que yo no sepa? ¿Alma está embarazada? —Me miraste siendo consciente de nuevo de mi compañía.

—Disculpa, Paula, ¿qué me decías?

—Me preguntaba el porqué de tanta rapidez en la organización de la boda.

—Solo tenía este hueco en mi agenda, aunque no se casen hasta dentro de tres meses, no podía encontrar otro momento.

—¿Tres meses? —Asentiste—. En serio, ¿Alma está embarazada?

—Noooooooo, al menos no es la razón por la que se casan, lo hacen por amor.

—Pero si no llevan tanto tiempo juntos.

—Bueno dos años es un tiempo bastante razonable para pensar en casarse, Pau.

El camarero nos trajo las bebidas en ese momento. Me bebí la mía casi de un trago después de escucharte. Dos años juntos y yo no sabía nada.

—¿Entonces tenían una relación abierta? Porque mi hermana lleva todo ese tiempo quedando con distintos tíos.

—Eso es lo que tu crees. —Solicité otra bebida al camarero ante la mirada desaprobatoria de Esther—. Esos tíos eran todos Luis.

—¡Joder! Voy a matar a Alma, ¿por qué no me dijo nada? No hay nada malo en encontrar a alguien.

—Quizás porque no quería escuchar tus sermones después de todos los que te había echado ella con lo de que eras una obsesa del amor. ¿Es verdad?

—Es mi única adicción, lo juro —comenté en el momento en el que el camarero me sirvió la bebida—. Esto del alcohol solo es un efecto secundario de los males del amor. —Te vi acariciar los pétalos con mucha delicadeza—. Parece que solo me enamoro de gente que me hace sufrir.

—Hay gente a la que le gusta darlo todo en una relación. —Volviste a mirarme con una ternura inimaginable—. No eres la única.

—Y también la hay que son como agujeros negros. —Alargué mi mano con intención de tocar la tuya, aunque al final la posé en los pinchos de la flor—. ¡Ay!

Pegué un pequeño grito llevándome el dedo a la boca. Otra vez un atisbo de sonrisa antes de tomar mi mano girándola para ver el alcance de la lesión.

—Yo no soy así. —Acariciabas suavemente la yema de mi dedo perdida en tus recuerdos.

—Espero que tu novio tampoco lo sea.

Tuvimos que separarnos para dejar la mesa libre de cara a que el camarero posase las tostas en ella. Te erguiste sobre el taburete, atusando tu camiseta y las arrugas inexistentes de tu falda. Tomaste un sorbo corto de tu vaso manteniéndote en silencio antes de coger una de las tostas de

alioli y gambas.

—Dios, Pau, está de muerte.

Tapaste tu boca con la mano, pero no ocultaste la expresión de placer que se formó en tu rostro y que aceleró mi corazón. Tragué saliva intentando que esa imagen no se quedase grabada en mi recuerdo, la de una Esther deleitándose con algo, porque podría trasladarla a mis más oscuras fantasías. Te juro que solo intentaba alejarte de mi corazón, que no te convirtieses en mi adicción, pero insistías en ponérmelo difícil con tus gestos, tus miradas, tus palabras.

—¿Está todo tan bueno?

Quise responderte que ni la mitad que tú a pesar de no haberte probado, pero mantuve a raya mi lengua en esa ocasión y tan solo asentí con mi sonrisa de medio lado, antes de limpiar un poco de alioli que se había quedado a vivir en la comisura de tus labios.

—Has conseguido adivinar mis gustos. —Tomaste la servilleta con la que te limpiaba y, cuando nuestros dedos apenas se rozaron, saltó una chispa— Me has dado calambre.

—Peque, saltan chispas entre nosotras.

Me arrepentí nada más decirlo. Tú te lo tomaste a broma y seguiste comiendo. Es increíble la rapidez con la que devoras los platos, como si temieses no tener tiempo para todas las cosas que quisieses hacer en la vida.

Nació en mí la necesidad de enseñarte a vivir despacio, a disfrutar de los momentos, a cocinar las vivencias a fuego lento, experimentándolas, enamorándote de cada detalle, de cada segundo vivido, aunque no te enamoras de mí ni los vivieses conmigo.

Tomé la flor cortando su tallo. La coloqué en el ojal de la solapa de tu chaqueta negra. La acomodé en tu cuerpo y, sin darme cuenta, rocé el contorno de tus pechos con mis nudillos.

Quizás fue mi imaginación, pero creo que la tosta de brocheta de pollo quedó a medio camino de tu boca. Toda tú te quedaste inmóvil, no sé si esperando un mayor contacto o escandalizada por el mínimo roce de mis dedos. El mundo comenzó a girar a nuestro alrededor, yo tampoco quise moverme, tan cerca de ti, hasta que sentí la presión del pan intentando introducirse entre mis labios. Te escuché reírte a carcajadas, estabas radiante con el foco de la felicidad iluminándote, con esa melena recogida moviéndose al son de tu risa. Soltaste la tosta y no tuve más remedio que llevar mis extremidades hacia mi cara para sostenerla perdiendo tu contacto. En aquel momento yo también era tremendamente feliz.

Guardé aquella fotografía en mi memoria, en el baúl de los recuerdos, para anclarme a ella cuando la nostalgia de no tenerte a mi lado atacase mis noches vacías de tu compañía.

—Me lo estoy pasando muy bien, Pau, pero tenemos que continuar preparando la boda, a penas nos queda tiempo.

—Nos queda todo el tiempo del mundo, Esther, para eso se inventó Internet. No necesitas estar aquí para organizarlo todo.

—Vaya, tienes razón. Creo que podré marcharme ahora mismo a mi casa. —Hizo ademán de levantarse del taburete. La retuve tomándola del brazo a la par que pedía la cuenta al camarero.

—Quiero decir, que, quizás, podamos hacer algo más que preparar la boda estos días y lo que no te de tiempo lo gestionas desde casa.

—No puedo, Paula. Le prometí a mi hermano que lo haría, cuando llegue allí tengo que ponerme con otros proyectos, y dedicar tiempo a...

—¿Tu novio?

—A mi vida —contestaste mientras pagabas la cuenta—. Ni una palabra, que luego se lo incluyo en la factura a la pareja.

—Está bien, tú me invitas a la comida, yo te invito a la tarde.

Te tomé de la mano sacándote de allí. Quería mostrarte mi alma a través de los lugares que me la arrebatában por su belleza o la inmensa paz que me transmitían. Quería dártelo todo, aunque sabía de antemano que serías el próximo agujero negro que se tragaría todas mis ilusiones y esperanzas.

Capítulo 7

11 de mayo de 2019

Nos pasamos la tarde descubriendo cada rincón de Ledesma. Mi mente no dejaba de sumar imágenes para el recuerdo. El perfil de tu silueta recortado sobre el paseo de guardia de la Fortaleza mirando los campos que se extendían hasta el horizonte. Tus carcajadas al subir por la cuesta hacia la Plaza Mayor cuando en un lateral de la muralla viste el grabado de unos atributos masculinos cuya leyenda no acerté a recordar. Tu rostro de admiración cuando llegamos a la plaza, recorriendo la Iglesia Santa María la Mayor enclavada en lo alto del pueblo en aquel lugar. Tu tacto en mi hombro cuando paseamos por sus calles medievales llenas de palacetes con sus escudos. Y, de nuevo, el perfil de tu silueta apoyada en la barandilla de metal que bordea el paseo deleitándote con las fantásticas vistas del río Tormes, la Ermita del Carmen y sus dos magníficos puentes. Allí, casi de espaldas al Hospital de San José, muy cerquita de la Alhóndiga, me atreví a acercarme a ti posando mis manos en tus caderas. Señalé un pequeño arrenal al lado del río aprovechando ese momento para acercarme más, sentirte más próxima y susurrante cualquier cosa al oído aspirando el aroma de tu pelo.

—Eso es Carnaceda. Una playa fluvial.

Giraste tu rostro. Nuestros labios casi se rozaron. Estabas a milímetros de mi boca, podía sentir tu aliento agitado acariciando mis mejillas. La flor del ojal de movía al compás de tu pecho, el rojo destacaba sobre tu chaqueta negra. Seguías sin moverte, ni hacía mí, ni para poner distancia. Yo no podía lanzarme al abismo si tú no te lanzabas. Me había prometido alejarme de ti, eras familia, tenías pareja, no me correspondía arrastrarte a un mar de mentiras, de confusión. No quería ser tu experimento, a pesar de que me moría de ganas de estar dentro de ti y escucharte gemir mi nombre.

Tenía que hacer algo para romper la magia que nos había envuelto. Te saqué la lengua antes de besar la punta de tu nariz y salir corriendo tirando de ti desde el lazo de nuestros dedos.

Me seguiste, riendo, llena de vida. Me seguiste a ciegas. Confiaste en mi locura. Te olvidaste del trabajo, de responsabilidades y tristezas. A mi lado eras feliz, eras feliz maldita sea, pero eras como querer atrapar el mar en una mano.

Bajamos hasta el coche que había dejado en el parking del mirador. Pensaste que ahí acababa la tarde, pero no podíamos perdernos el hermoso atardecer que teñía de naranja el Tormes. Nos sentamos en un banco del mirador. Rodeé nuestras espaldas con una manta que siempre llevaba en el maletero y acomodaste tu cabeza en mi hombro, observando el horizonte, el anochecer en Ledesma reflejándose en la pesquera del río, en el abandonado molino, en las grisáceas peñas.

Yo respiraba lentamente abrazada a tu cintura, con el olor de tu pelo llenando mis fosas nasales, con la paz que me brindabas barriendo el dolor de mi alma. Eras calma, peque, eras luz, sonrisas, eras un agujero negro formándose en mi vida sin que yo me diese cuenta.

—Podría pasarme así esta semana. Dejándome llevar por ti. —Arrellanaste tu cabeza en el hueco de mi cuello—. Pero el trabajo nos llama.

—No hasta mañana, Esther.

—Es tarde, tendremos que ir a descansar.

—Nos queda una cosa más por ver.

Doblé cuidadosamente la manta. Fui al maletero para tomar una botella de tequila. Y, con este

equipaje, enganchada a tu brazo te guie de nuevo. Bajando por las lomas ligeramente escarpadas en la orilla del Tormes nos dirigimos a la playa de Carnaceda que antes habíamos visto desde el paseo.

No soltaste mi mano en la bajada, tu falda corta ajustada y tus zapatos con un poco de tacón, no eran los más adecuados para ese terreno. Avanzabas con lentitud, asegurando diez veces cada paso, agarrada con fuerza a mí. Me felicité por haber escogido el camino más agreste para bajar, porque eso hacía que no perdiese tu tacto. Intenté no acariciar la palma de tu mano con el pulgar en el tramo final sin conseguirlo. Tú me dejabas hacer, centrada como estabas en el terreno.

Al llegar a la orilla extendí la manta en el suelo. Nos tumbamos para observar lo último que quería enseñarte ese día, miento, eso no era lo último que quería enseñarte, pero sí lo último que podría. Un manto de estrellas refulgiendo en el oscuro cielo, montando un tapiz de luces de tal intensidad, de tal densidad, que jamás podrías ver en las ciudades en las que pasabas el tiempo.

—Bienvenida al paraíso —comenté cruzando los brazos debajo de mi cabeza girándola hacia ti para observarte.

Creí ver una lágrima fugándose de tu lagrimal. No pude evitar ponerme de costado para acceder mejor a limpiarla. El dedo que recorrió tu cara pasó a ser una mano acunando tu mejilla que no dudó en acomodarse en ella.

—Eh, eh, peque, ¿qué pasa? —Negaste enérgicamente con la cabeza sin poder hablar—. Ven, ven.

Te estreché entre mis brazos, anclaste tus manos a mis hombros y tu cara en mi cuello. Rompiste a llorar empapándome del mar de tu mirada, apretándome contra ti, pudiendo sentir la turgencia de tus pechos, la finura de tu piel, el calor de tus labios. Te habría hecho mía en ese mismo instante, allí, sobre la arena de aquella playa. Habría navegado de nuevo en tu boca. Pero eso era lo que yo necesitaba, no lo que me pedía tu cuerpo.

Dejé que te desahogases, que te mantuvieses a mi lado, aumentando mi calor y mi deseo, hasta que estuviste preparada para retirarte de mi lado. Sin esperar explicaciones abrí la botella de tequila dándole un buen trago. Necesitaba apagar mis ganas de ti de alguna forma que no fuese adentrándome en las traicioneras aguas del Tormes.

—¿Siempre llevas alcohol en el coche? —me preguntaste secándote los restos de tu tormenta con el dorso de tu mano.

—Solo cuando estoy a punto de hundirme. —Di otro trago antes de que me quitases la botella de los labios.

—Entonces yo también lo necesito.

Nos pasamos la botella la una a la otra alternando tragos, risas, contándonos anécdotas, conociéndonos, hasta que no había más líquido que ingerir y nuestros sentidos quedaron abotargados.

Nos dormimos sobre la manta, sin preocuparnos del frío de la noche. Quizás por eso, cuando unos cencerros parecieron sonar en la lejanía, nos despertamos cara a cara abrazadas, buscando en un cuerpo ajeno el calor que la noche nos arrebatada.

Yo me despecé primero buscando el origen de aquel sonido. No lo había encontrado cuando te vi pegar un salto y correr ladera arriba, gritando:

—¡Un fantasma!

Por puro instinto cogí la manta, la botella vacía y salí corriendo tras de ti sin pararme a comprobar la veracidad de lo que estabas diciendo. Cuando te alcancé ya estabas en lo alto, jadeando, doblada sobre ti misma intentando recuperar el aliento, con la borrachera en las uñas de los pies, oteando al horizonte.

Yo, que tenía peor forma física, tardé más en recuperarme del esfuerzo. Durante esos minutos que tardé en volver a tener una respiración normal, descubrí quienes eran nuestros fantasmas.

—Fantasmas te voy a dar yo a ti —te dije dándote un manotazo en el hombro—, vacas bravas, muchacha.

Te reíste tapándote la boca, de forma incontrolada, arrastrándome con tu risa y volvimos a llorar, de risa, de puro gozo, de lo absurdo del momento, de lo bien que nos sentaba nuestra mutua compañía.

—Esther, no voy bien para conducir —comenté cuando pude parar de reír—. Son las tres de la mañana y no tenemos donde quedarnos.

Te encogiste de hombros antes de contestarme.

—Tenemos una manta, y un coche, podemos pasar en él la borrachera.

—Quizás, aunque estaremos un poco apretadas.

—Ya te he dicho que no me preocupa compartir cama con una dama.

Capítulo 8

12 de mayo de 2019

El tequila me había pasado factura. El tequila y tu cercanía en el coche. Sé que necesitábamos nuestro calor corporal para no congelarnos en aquel maletero y qué, aunque habíamos echado para delante los asientos traseros, el espacio que nos quedaba no era muy amplio, pero tenerte tan cerca, rozándome con cada parte de tu cuerpo, no ayudaba a apagar mis ganas de ti, ni a secar el océano que se abría entre mis piernas. Estaba avergonzada, en la gloria, muy a gusto a tu lado, pero reaccionando de una forma que no se correspondía a la dama con la que creías estar durmiendo.

A penas pegué ojo el resto de la noche, temía pronunciar tu nombre a través de la bruma del sueño, decir alguna tontería, o confundir realidad con ficción y que mis extremidades tomaran vida propia para arrastrarte a mis mareas.

Tú, sin embargo, dormías plácidamente, con una respiración acompasada, tan pronto de espaldas a mí como frente a mis labios, con esa sonrisa cincelada en tu rostro, de la que yo quería ser siempre la culpable.

Las primeras luces del alba te trajeron de vuelta a mi mundo. Me miraste sin saber dónde te encontrabas por un momento. Confundida, achicaste los ojos para descubrir quién se encontraba frente a ti. No dije nada, solo te observé, en esos primeros momentos de la mañana que nunca más tendría la oportunidad de disfrutar. Con gestos gatunos te limpiaste las legañas. Bostezaste desperezándote, estirándote cuan larga eras. Ya no estaba la rosa en el ojal, ni las lágrimas limpiando las heridas de tu alma.

Balbuceaste un «buenos días» entre bostezos y decidimos volver a Salamanca. Te dejé en casa de tu hermano, querías cambiarte y seguir trabajando. Yo necesitaba dormir, aunque significase perderme momentos a tu lado.

Dormí, soñándote entre mis brazos, recorriendo con mi lengua cada curva que recordaba de tu perfecto cuerpo. Tu piel se erizaba con cada uno de mis contactos. Descubrí la humedad de tu boca, la candidez de tus labios, el sabor de tus más profundos recovecos. Me rocé contra tu piel, y tu rozaste la mía, el lugar de mis deseos. Me deshice escuchando mi nombre apagándose en nuestros besos. Y quise más de ti sabiendo que jamás iba a tenerlo.

Desperté empapada, acalorada, con mis pezones enhiestos, con un palpitante deseo que no quise apagar con mis manos.

Tenía que alejarme de ti si no quería volverme loca. Tenía que dejar de hacerle caso a un corazón desbocado. Temía que tan solo fueses el clavo que saca otro clavo, no quería tratarte así, ni creía que tan siquiera tuviese la oportunidad de hacerlo.

El reloj marcaba las nueve de la noche. Me había pasado el día durmiendo, atrapada en la fantasía de tenerte, de desgastarme en tus brazos. Necesitaba arrancarte de mis entrañas, olvidarme de estos absurdos sentimientos, besar sapos, muchos sapos, como decía mi hermana, para borrar tu recuerdo. Y es lo que decidí hacer tras un día sin ti en mi vida. Ir en busca de princesas que me hiciesen olvidarte, relegarte al cajón de las amistades, de las mujeres que no amaba ni tan siquiera deseaba.

Capítulo 9

15 de mayo de 2019

La vibración constante del móvil acabó por despertarme. Gruñí, antes de levantarme con cuidado para no molestar a la otra habitante de mi cama.

Con el teléfono en la mano me fui a la cocina para prepararme un café mientras leía las decenas de WhatsApp que lo inundaban. Me asusté al ver que eran más de las dos de la tarde.

La sesión non stop con la rubia que habitaba en mi lecho había tenido el mismo efecto demoledor que el alcohol de las noches anteriores.

Tenía agujetas hasta en las mechas de mi cabello. El aroma a sexo era distinto al del alcohol pero también emanaba de mi cuerpo desnudo. Intentaba adaptar mis pupilas a la luz para que no me molestase el brillo de la pantalla del móvil.

El café comenzó a borbotear cuando pude empezar a leer aquellos mensajes, tuyos y de mi hermana, que parecía no habían dejado de llegar desde hacía varias horas.

Alma: «Que nervios, ¿encontraremos hoy el vestido?»

Alma: «¿Dónde estás, Paula? Te estamos esperando».

Alma: «¿Te falta mucho para llegar?»

Alma: «Tenemos que empezar. Cómo no aparezcas te mato»

Esther: «¿Estás bien?»

Esther: «Estoy empezando a preocuparme. Dos días sin dar señales de vida y hoy no apareces».

Esther: «Joder, Paula, coge el teléfono, tu hermana está histérica y yo no sé qué pensar».

Esther: «Paula, ¿ha pasado algo? ¿Alma está muy preocupada».

Alma: «Espero que estés agonizante, porque si llego a casa y te veo bien te juro que te mato. Me prometiste que me acompañarías para escoger vestido».

Esther: «Alma está que trina. Vamos para tu casa. Solo deseo que estés bien».

Dejé de leer tras ese mensaje y ver vuestras quince llamadas perdidas. Tardé un segundo en procesar que venías hacia mi piso, que en mi cama había una mujer desnuda, que yo también lo estaba, y que no había mirado la hora de ese WhatsApp en el que me decíais que veníais de camino.

Estaba intentando pensar que hacer cuando el bombín giró y la puerta se abrió. Traspasasteis el umbral sin previo aviso encontrándoos conmigo desnuda en medio del salón. Me agaché por acto reflejo, intentando esconderme detrás de la isleta de la cocina, a tiempo de ver como tu mandíbula caía como las de los dibujos animados.

Me encendí y no de deseo sino de vergüenza. No quería que fuese así como presentase mi desnudez ante ti por primera vez. Parecía que contigo nada era como me hubiese deseado, ni esa primera visión, ni nuestro primer beso, ni nuestra primera noche juntas que se desarrolló en mis sueños.

—La madre que te parió. Si ya sabía yo que ibas a estar bien —gritaba Alma buscando por el salón algo que ofrecerme para taparme.

—¿Pero qué narices haces abriendo con la llave? ¿Mamá no te enseñó a llamar?

—Si te parece poco los mensajes y llamadas que te hemos hecho. No me esperaba esto de ti, Paula, que me dejases plantada escogiendo vestido.

—Mira Alma, yo, yo tengo una explicación —repetía agazapada tras la isleta haciendo gestos con mi cabeza hacia la habitación intentando que me entendiese y se marchase de allí con Esther.

—Si no es una en la que te quedaste encerrada en un ataúd con un ataque de calepsia, no me sirve.

—Alma, por favor —supliqué arrastrando las sílabas entre mis dientes sin dejar de señalar la habitación con mi cabeza mientras Esther se había quedado con la mirada fija en mi cuerpo escondido sin intervenir en nuestra discusión.

—Ni Alma, ni Almo. Ahora mismo me dices que está pasando aquí.

Se quedó en medio del salón con los brazos cruzados acabando con mi paciencia y evaporando la vergüenza que estaba sintiendo hasta entonces. Me incorporé dirigiéndome hacia ella para sujetarla por el antebrazo y dirigirla hacia la salida.

—Mira, Alma, sé que la he cagado, pero esta es mi casa, estoy en pelotas y me gustaría tener un poco de intimidad. Así que te agradezco que os marchéis y si queréis me esperáis en la cafetería de abajo que en cuanto me duche y me vista allí estaré para invitaros a un desayuno.

—Será a un buen menú —replicó ya en la puerta.

—Lo que quieras, pero fuera de aquí ya.

Tú seguías en medio del salón, con la mandíbula desencajada, siguiendo mis movimientos con tu mirada. No sabía que era lo que te había impactado, si verme así, sin ropa, o la situación con la que te habías encontrado. Tuve que sujetarte por el brazo, como a mi hermana, para acompañarte a la puerta, y entonces sentí el roce de tus dedos en mi pezón que respondió inmediatamente al leve contacto.

Me paralicé por un segundo, me pediste perdón bajando la mirada al punto de contacto.

Me maldije por dejar que tuvieses ese efecto en mí, por no saber como hacer para que dejases de sentirte atraída por los hombres, por tener a una mujer en mi cama que no era tú.

Recordar que estaba acompañada fue suficiente aliciente para romper con aquella escena y empujarte fuera de mi piso.

No quería ser descubierta por ti besando sapos, apagando el volcán que desatabas en mi interior con otras brasas. Necesitaba vaciar la pasión que me provocabas para poder seguir a tu lado sin desear comerte a besos a cada momento y aún así, después de una noche rindiendo culto a Afrodita, tan solo volver a verte había sido suficiente para avivar los rescoldos de ese amor que me acosaba.

—¿Puedo salir ya? —preguntó la mujer de la noche asomando su cabeza desde la puerta de la habitación.

—¿Salir? Si puedo elegir prefiero que vuelvas a entrar —respondí con voz sensual acercándome hacia ella.

Capítulo 10

15 de mayo de 2019

Aparecí en el bar con mi pelo aún mojado, mi lívido descargada y la mala conciencia en niveles máximos. ¿Pero qué podía hacer? ¿Guardar tu eterna ausencia?

Elevé mi cabeza para buscaros entre la gente que abarrotaba el local. Alma agitaba su mano en el aire indicándome la mesa en la que estabais. Cuando llegué solo vi a mi hermana.

—Hola —saludé adoptando un perfil bajo para intentar no sembrar mareas que acabasen convirtiéndose en tempestades.

—¿Me vas a explicar a qué estás jugando? —me preguntó susurrante alongándose sobre la mesa—. Hace dos mañanas la encuentro en tu piso llevándote el desayuno. Antes de anoche no duerme en casa y vuelve por la mañana con la misma ropa puesta y oliendo alcohol, dos días en los que no sabemos nada de ti y hoy desapareces y te encontramos como Dios te trajo al mundo.

—No pasa nada, Alma, ya te lo dije.

—No me mientas, ¿qué te pasa con Esther?

—Joder, Alma, no lo sé, no sé que me pasa, solo sé que no puedo sacármela de la cabeza. Pero te juro que no la he tocado, ni he intentado nada con ella, te lo juro.

—Pau, cariño, ella no es para ti, ¿lo sabes?

—Lo sé, Alma, claro que lo sé. Pero es tan, tan, tan dulce, tan bonita, tan sonriente y tan triste. Si no fuese porque no le gustan las mujeres ella sería exactamente lo que siempre he buscado.

—Pau, —cubrió mi mano con las suyas—. Ojalá, ojalá fuese para ti, sé que os haríais muy felices, pero nunca será más que tu amiga. No quiero que vuelvas a sufrir. Tienes que intentar olvidarla de esa manera.

—¿Y por qué te crees que te hacía señales esta mañana?

—¿Señales?

—Sí, señales, Alma, señales, con mi cabeza. Para indicarte que os fueseis de allí. ¿Cuándo me has visto a mí pasear desnuda por casa?

—Ay, Dios, que estabas con una mujer. —Se tapó la boca con las manos—. Si empiezas a liberarte creo que podré perdonarte lo de esta mañana.

—Alma, te juro por lo más sagrado que no he buscado nada con Esther. Que ni siquiera buscaba algo con alguien, que he intentado no enamorarme con la primera mirada, pero con ella, Alma, con ella es imposible no ahogarse en la melancolía azul de su alma. No sé si la quiero, si tan solo la deseo, o tal vez tan solo quiera consolarla, pero está aquí, este sentimiento está aquí clavado —expliqué golpeando mi pecho—. Y aunque me acabé de romper por dentro quiero vivir estos días a su lado.

Capítulo 11

15 de mayo de 2019

No sabría si adorar a mi hermana por su complicidad o matarla por ayudarme a alimentar mis falsas esperanzas. El caso es que comprendió lo que le quería decir y, con un «no me lées a la chiquilla», nos dejó a solas en cuanto regresaste del baño.

Te sentaste frente a mí, con esa sonrisa luminosa tallada en tu boca y los ojos rojos, quizás de haber llorado. Tus manos juntas colocadas con recato encima de tus rodillas, sobre un pantalón vaquero gris claro ajustado. Habías dejado el móvil sobre la mesa. La pantalla no paraba de iluminarse con la recepción de mensajes, que tú ni siquiera mirabas porque no apartabas la vista de mí, no sé si esperando a que dijese algo o recordando el espectáculo que te había ofrecido en mi piso.

—Ayer y antesdeayer, desapareciste —comentó al fin.

—Tú tampoco diste señales de vida.

—Pero, habías quedado en ayudarme, y hoy en ir a ver el vestido con tu hermana.

—No te equivoques, Esther, tú decidiste que yo te ayudaría, y, ¿de qué te serví el sábado? Para distraerte de tu trabajo.

—Quizás me guste que me distraigas —revelaste clavando tu mirada en el plato.

—Creo que esta mañana ya he dado demasiado espectáculo —alcé la mano pidiendo la cuenta al camarero—, pero si realmente quieres que te distraiga... —enredé uno de tus mechones en uno de mis dedos deleitándome en tu imagen de niña inocente, vergonzosa, rehuyendo mi mirada, esquivando mis dobles intenciones—. Conozco un buen lugar.

—¿Prometes que será tan bueno cómo Ledesma?

—Mejor. ¿Confías en mí? —te pregunté tendiéndote mi mano.

—Siempre.

Serpenteamos entre la gente hasta llegar a la salida. Buscamos mi coche aparcado en la calle y, subidos en él, entre risas, bromas y canciones cantadas a voz en grito llegamos a La Alberca.

Callejamos por sus calles estrechas, repletas de casas típicas de paredes cruzadas con finos listones de madera, hasta llegar a la Plaza Mayor, tan llena de terrazas, de vida, de jaleo, cómo necesitaba verte a ti, como te estaba viendo cuando estabas a mi lado, sacudiéndote la tristeza, las obligaciones, el estrés, los malos momentos.

Me abrazaste danto saltitos, rodeando mi cintura, sin saber el maldito efecto que producías en mí con esos leves roces de tus pechos contra los míos, de tus manos tan cerca de mis nalgas, y esos labios, rojos, hinchados, que pedían a gritos un beso, tan cerca de los míos y tan inaccesibles. Logré apartarte de mí con delicadeza.

—¡Que belleza! —Me encantaba ver cómo disfrutabas de esas primeras veces conmigo.

—Ya lo sabía, pero gracias —bromeé cruzándome de brazos.

—Tú no, tonta, el pueblo. —Me diste un manotazo en el brazo.

—Vaya, pues no gracias de la fea.

Giraste tu cabeza hacia mí, sopesando que decir, optando finalmente por enmascarar tu respuesta en una sonrisa maliciosa sellada con silencio.

—¿Nos tomamos algo? —pregunté para romper el tenso silencio.

—¿Tequila? No, gracias, no quiero volver a dormir en el coche.

—¿Tan mala fue mi compañía?

—Tú compañía no, el coche fue lo malo, muy incómodo.

—Tranquila, no todas las noches puedo hacerte ver las estrellas. —No podía parar de lanzarte frases con doble sentido que esquivabas con gran habilidad.

—Aún no me has hecho ver las estrellas, tan solo me las has mostrado.

—¿Aún? —pregunté con mi corazón palpitando desbocado.

—Anda, vamos a sentarnos en esa terraza.

Esta vez fui yo la que sonreí dejándome arrastrar de tu mano. Sabía que aquello era un maldito espejismo, un divertido juego para ti, nada serio, nada de lo que preocuparse.

—¿Esther?

—Aja.

—No quiero meterme en lo que no me llaman, pero, ¿estás bien? —me atreví a preguntarle una vez que estábamos sentadas.

—Estoy de maravilla, Pau. No sabes cuanto necesitaba algo como esto. Algo que sea sencillo, fácil, ...

—Algo que te haga feliz. —Asentiste—. Puedes contarme lo que te pasa, si lo necesitas, quizás te ayude a seguir siendo feliz cuando yo no esté.

—¿Y por qué no ibas a estar? —preguntaste girando tu cabeza de repente hacia mí con furia en los ojos—. No vamos a perder esta amistad, estaremos en contacto, somos familia, ¿no?

—No, Esther, en algún momento no estaré, no así. Estos días, también son un regalo para mí, pero, seamos realistas, no vivimos en la misma ciudad, tu tienes tú vida, tu novio, y yo la mía, hay muchas cosas que nos separan que...

—No tengo novio —confesaste mirándome frente a frente, ahogándome en una nueva esperanza.

—¿Qué tomarán? —preguntó el camarero en ese momento.

—Dos cafés con leche —respondí esperando que se marchase de allí para poder continuar con la conversación—. Alma me dijo que estabas con alguien.

—Y lo estaba, pero ya no.

—¿Desde cuándo...? —Fui una ilusa, lo sé, pensando que podrías haberlo dejado por mí.

—Un par de meses. No funcionaba.

—Te dejó, ¿verdad?

—Nos dejamos. Está siendo duro. Nos queríamos, quizás demasiado, pero la rutina sustituyó a la pasión, y no era suficiente. —Removías el café al mismo ritmo que, imaginé, estaban dando vueltas los sentimientos en tu cabeza.

—Sé que sonaré un poco egocéntrica, pero a mí me está haciendo mucho bien tu compañía contra mi tristeza y, creo, que a ti también la mía.

—Está siendo un bálsamo, Paula. —Te llevaste el café cremoso a tu boca dejándote un bigote marcado de espuma.

—Tienes... —Intenté que me comprendieses acariciando mi labio superior, aunque solo conseguí que cambiase el rictus de tu cara, que tu cuerpo no encontrase acomodo en el asiento y tus pupilas se dilatasen. Sujeté tus manos sobre la mesa antes de susurrarte en voz baja—: Tienes bigote.

Comenzaste a reírte limpiándote la espuma con gestos que me parecieron de una sensualidad ensayada. En ese momento las pupilas que se dilataron fueron las mías relegando a la mínima expresión el caoba de mi iris. Oculté mi azoramiento en la taza de café intentando no mirarte sin demasiado éxito en mi empresa. Cerraste tu chaqueta sobre el escote de tu blusa blanca entallada,

estaba comenzando a oscurecer y se empezaban a notar el frío de la noche y la incipiente helada.

—Mira, aquellos dos maromos no te quitan la vista de encima. Quizás, ellos puedan ayudarnos a sacudirnos la tristeza. —Los señalaste con un gesto de tu barbilla.

—No estoy preparada para eso.

—Vamos, a nadie le hace mal un poco de coqueteo. —A nadie, Esther, a nadie, por eso llevaba días coqueteando contigo sin resultado.

—No son mi tipo —respondí comenzando a irritarme.

—Pues yo les hacía un favor a cualquiera de ellos —comentaste sonriente sin dejar de mirarlos.

—Ellos a ti también. Voy al baño. —Me levanté sin esperar ningún comentario por tu parte.

Intentaste detenerme cogiéndome la mano, pero yo me liberé de tu agarre con un gesto brusco. La esperanza volvía a desvanecerse entre la lava ardiente de mis celos. Nunca serías mía, jamás estarías a mi alcance, no tenía la más mínima posibilidad de perderme en tu cuerpo y mucho menos en tu corazón.

Me encerré en el lavabo. Refresqué mi cara con agua fría, maldije mi estupidez con gruñidos ahogados entre mis dientes. Había vuelto a caer, a pesar de jurarme a mí misma que podría controlar lo que sentía por ti, que no me enamoraría de una mujer heterosexual, que podría ser tu amiga y gozar de tu amistad sin más complicaciones. Fui una estúpida por pensar que podría evitar sucumbir a los encantos de la persona más bella y de mejor corazón que conocía, a tu melancolía, a tu mirada, a tu sonrisa, al leve roce de tus manos.

Tenía que salir de allí, escapar de aquel infierno que me quemaba por dentro cada vez que te recordaba comiéndote a aquellos dos hombres con tus ojos celestes. Sequé mi cara decidida a poner cualquier excusa y devolverte a Salamanca. Pero cuando llegué a tu mesa estabas tan bien acompañada que no podía pensar en dejarte sola con aquellos buitres que estaban oliendo carnaza.

—Tenemos que irnos, Esther, es tarde.

—Vamos, ¿qué prisa tenéis? Os invitamos a una copa.

—Mañana madrugamos.

—Pero podemos tomar una copa, ¿no? —me rogaste mirándome con esos ojos de gato con botas.

—Haz lo que quieras, Esther, pero luego no te quejes de que no te da tiempo a organizar la boda —dije con toda la intención intentando espantarlos.

—¿Os vais a casar? —preguntó el moreno intentando descubrir si aún tenían alguna posibilidad esa noche.

—¿Nosotras? Noooooo —te carcajeaste como si aquella idea fuese de lo más absurda—. La boda de nuestros hermanos, Alma y Luis.

—Eso hay que celebrarlo —comentó el rubio alzando su copa.

—Es su boda, no la nuestra, no veo porque hay que celebrar nada. —Me parecía al Grinch de los ligues en ese momento.

—Vamos, Pau, di que sí, una copa, solo una y nos vamos.

Los tres me miraron esperando mi respuesta. ¿Quién era yo para negarte el placer que no podría darte si yo misma lo había buscado en otro cuerpo de mujer para apagar las llamas que habías encendido en mi sexo? Asentí consciente de que las siguientes horas serían para mí una tortura.

Vacíé una cerveza tras otra mientras aguantaba el manoseo distraído de tu muslo, los labios de aquel hombre acercándose susurrantes al lóbulo de tu oreja, como reía tus gracias y halagaba tu

belleza. No pude más cuando se atrevió a rodear tu cintura e intuí que su mano se posaba en tu cadera.

Me levanté tambaleándome rebuscando en mis bolsillos la llave del coche. Te incorporaste parando mi búsqueda, no estabas dispuesta a dejar que condujese en ese estado.

—Basta, Pau, basta ya.

—Yo me voy, que estás muy bien acompañada. —Cogí las llaves en mi mano e intenté comenzar a caminar en dirección al coche.

—Eres gilipollas —bramaste exasperada quitándome las llaves.

Te disculpaste con los chicos y, rodeándome por la cintura, caminaste a mi lado evitando que hiciese demasiadas eses.

—No pienso dormir en el coche de nuevo, Paula.

—Tan poco estuvo tan mal —respondí golpeando la punta de tu nariz con la yema de mi dedo índice.

Ni si quiera te molestaste en replicar, estabas centrada en guiarme, en buscar un hotel donde pasar la noche, aunque sabía que no me había librado de una buena reprimenda.

Capítulo 12

Noche del 15 al 16 de mayo de 2019

La tibieza de tu piel suave calentaba mi cuerpo. El vaivén de mis manos se ajustaba al contorno de tus pechos, antes de que tus pezones acabasen mojados por la saliva de mi boca. Sabías a sal, a deseo. Mi lengua insistía en recorrerte, en saborearte, en electrizar todos tus sentidos. A horcajadas sobre mí sintiendo sobre mis piernas la humedad de tu sexo, tus labios hinchados, tu palpitante monte de Venus, no podía dejar de llenar mi boca de ti, de tus besos, de la aspereza de la aureola de tus pechos, de tus pezones enhiestos.

Te tumbé contra el colchón, necesitaba que me sintieses dentro de ti, muy dentro, ver el placer grabado en tu rostro, oír mi nombre escapar en un grito de placer de tu boca. Necesitaba hacerte mía, una y otra vez, hasta que solo deseases estar entre mis piernas, rozarte con mi muslo, ahogarte en el deseo que te provocaba. Quería que te engancharas a mí, a mi cuerpo, a una cama con nuestros aromas impregnados en las sábanas.

Acompasabas tus caderas a mis movimientos. El roce de tu piel en la pulsión de mi sexo derretía mis sentidos, me estaba deshaciendo de placer con el tacto de tu piel, con los débiles mordiscos de tu boca. Me estaba volviendo loca de deseo, loca por tomar tus labios, loca por sentir tus besos, loca por estar dentro de ti y tenerte tan dentro. No podía aguantar más, el fuego quemando mis entrañas, abriéndose paso por mi vientre hasta fundirse entre mis muslos, mojó tu piel y la mía, con convulsiones de mis piernas que intentaban retener aquel poderoso orgasmo que nos habíamos regalado.

Me incorporé sobresaltada, con el rumor del placer en mi entrepierna cosquilleando en mi hirviente vagina y en la humedad de mi ropa interior.

—No, no, no, joder, no —me lamentaba en un susurro al comprobar que solo había sido un sueño.

Palpé el colchón deseando encontrar a mi lado tu cuerpo. La cama estaba tibia, aunque vacía. El rumor de tu voz me llegaba desde el lavabo. Miré la hora en el móvil, las seis de la mañana. Mi cabeza palpitaba en señal de protesta por la ingesta de alcohol a la que no estaba habituada antes de la infidelidad de Francine.

Tu voz subió de tono, hasta que pude escuchar con nitidez la conversación.

—No sé cuándo volveré... No, no tenemos que hablar, entre nosotros está todo dicho... Se acabó, ya lo hemos hablado, no tenemos nada que ofrecernos el uno al otro. No, no hay otra persona, Javier, ¿de dónde sacas eso?... Pues no voy porque tengo trabajo aquí... Ya te lo he dicho, organizando la boda de mi hermano... No me beneficio a nadie... No, tampoco quiero hacerlo... ¿Qué con quién estoy pasando estos días? No te importa lo más mínimo, pero con la hermana de mi cuñada... No me ha hecho nada, y no, no estoy cambiada... Pues sí, me lo estoy pasando muy bien con ella... Sí, mejor que contigo... Joder, Javier, que no vamos a volver juntos, no insistas... Está bien, está bien, cuando vuelva, un café y ya, no pienses que volveremos a estar juntos... De acuerdo, yo te llamo.

Te escuché llorar, intentando ahogar tu llanto para no despertarme, para que no te viese así y no tener que consolarte en mi abrazo. No pude contenerme. Saberte triste acaba con las pocas defensas que tenía levantadas.

Salí de la cama dirigiéndome hacia el baño sin importarme presentarme en ropa interior ante

ti. Te encontré sentada sobre la tapa del wáter. Me acucillé frente a ti, sujetándote las manos. Poco después limpié cada lágrima que corría libre por tus mejillas, besándolas, acariciándolas. Te abracé. Te inclinaste ligeramente sobre mí para devolverme el abrazo. Poco a poco sentí como las nubes de tormenta que te sobrevolaban iban desapareciendo expulsadas por una agradable calma.

Deshice el abrazo, levantándome, cogiéndote de la mano para que te incorporases.

Te señalé el camino a la cama. Me senté en ella con mi espalda apoyada en la pared palmeando el hueco del colchón a mí lado. Te tumbaste junto a mí con la cabeza apoyada en mi regazo. Me pasé horas despierta acariciando tu pelo, hasta que te dormiste rodeando mis piernas con tus brazos.

No dejé de acariciarte, sintiendo el calor de tu cuerpo, valorando más la intimidad de ese momento que la que se había desarrollado en mi húmedo sueño.

Capítulo 13

16 de mayo de 2019

Te dejé en casa de tu hermano para que pudieses darte una ducha y adecentarte antes de que continuases trabajando en su boda. Me habías pedido que te acompañase esa mañana, pero no podía seguir a tu lado tras el sueño y aquel momento de complicidad que habíamos tenido en la cama del hotel.

No podía apartar de mi memoria lo bien que sentaba tenerte recostada en mi regazo, lo suave que era tu pelo deslizándose entre mis dedos, ni el recuerdo del tacto de tu piel sobre la mía. No podía olvidar la imagen de tu cuerpo cubierto tan solo por aquellas bragas blancas de encaje y el sujetador a juego de transparencias.

No tuve que calmar mi deseo porque verte tan vulnerable ante mí, apagando tu tristeza con el contacto de mi piel, siendo la culpable de la paz que llegó tras la tormenta, me enterneció de tal manera, que solo pensaba en ser el bálsamo de tus penas.

Pero en esos momentos, en esa maldita mañana, a la puerta de la casa de mi hermana, no dejaba de pensar en el sueño, en el baile de tus caderas, en tu piel torneada, en lo mucho que deseaba pasar el resto de mi vida a tu lado. En la tortura de aquellos días si no me alejaba de ti y es que, es que no tenía el valor para alejarme.

En cuanto mi hermana abrió la puerta me colé en su piso sin preguntar, comenzando a hablar como una cotorra.

—No puedo, Alma, te juro que no puedo, es superior a mí. Que lo he intentado, que sé que le gustan los tíos, que no va a estar conmigo, pero es que me hierva la sangre a su lado, o si la veo coquetear con algún tío como ayer. No puedo, no puedo, joder, que hasta me la he tirado en sueños. Que se ha metido en mi cabeza. ¿Qué hago, Alma? ¿Qué hago para olvidarme de Esther?

—¿De mi hermana? ¿Te has liado con mi hermana? —preguntó sorprendido Luis, asomando la cabeza por la puerta de la cocina.

—¿Qué hace este aquí? —respondí señalándole mientras salía hasta el recibidor con una sartén en la mano.

—¿Aprovechar el poco tiempo que tenemos solos?

—Ay, Dios, Alma perdona, me marchó, perdona, perdona. Y tú —le amenacé con mi dedo índice antes de rogarle con mis manos juntas delante de mi rostro— por favor, por lo que más quieras, no le digas nada a tu hermana.

Vi cómo se sonreía pícaramente antes de invitarme a sentarme en el sofá e ir a dejar la sartén a la cocina de nuevo.

—¿Qué haces Luis? ¿Estás tonto? Es nuestro tiempo, de nosotros —protestaba Alma señalándose alternativamente antes de claudicar y sentarse a mí lado.

—Alma, cariño, tu hermana tiene una crisis por culpa de mi hermana.

—Está bien. Petarda, te lo cobro esta tarde. Julia es para ti cuando salga del colegio, ¿trato hecho? —Me ofreció su mano que yo estreché sin pensarlo—. ¿Quieres una cerveza? —Negué, parte de la culpa de estar en esa situación se la debía al alcohol.

—A ver, cuñada. Tienes un problema y de los gordos. Que no digo yo que sea imposible que Esther se lie contigo, pero ya sabrás que es altamente improbable. Así que, tal y cómo yo lo veo, solo tienes dos opciones: o vas con todo y te lanzas a por ella a pesar de los pesares y que salga

el Sol por dónde quiera, o lo dejas pasar, te fustigas mentalmente durante un tiempo, te preguntas lo que podía haber sido para la eternidad y la dejas marchar sin comprobar nada. Eso sí, si optas por esto último, cuanto antes te alejes de ella mejor, por tu salud mental.

—Luis, amor, te olvidas de un detalle insignificante, Esther tiene novio.

—¿Y qué?

—¿Cómo y qué? ¿Así que tú te liarías con otra estando conmigo y lo verías bien?

—No, no, no estoy diciendo eso.

—Es exactamente lo que estás diciendo, Luis. —Mi hermana se levantó poniéndose frente a él con los brazos en jarras—. ¿Tienes algo que contarme?

—¿Qué te quiero?

—La madre que te parió. Pau, me parece que Esther se va a ir de Salamanca antes de lo previsto, porque vamos a cancelar la boda.

Y se fue de casa dejándonos sentados en el sofá, solos, boquiabiertos, sin saber cómo reaccionar.

—Joder, joder, joder, lo siento. Si es que voy de cagada en cagada.

—No te preocupes, Paula. Tú vete a por Julia al colegio y pasa la tarde con ella. —Sacó un billete de 50 de la cartera ofreciéndomelo—. Y vete con mi hermana también, por qué puedes pasar la tarde con ella como amigas, ¿verdad?

—Lo intentaré.

—Y, entre tú y yo, no es que apruebe que Esther le ponga los cuernos a su novio, es que es un gilipollas que nunca me ha gustado. Te prefiero a ti mil veces, preciosa.

Capítulo 14

16 de mayo de 2019

Julia era una niña jovial que transmitía su vitalidad cada segundo que pasabas con ella. Disfrutaba sola montando en el columpio y bajando por los toboganes. Yo tan solo tenía que dedicarme a mantenerla vigilada desde uno de los bancos del parque, con un café caliente en mis manos, ella se encargaba de socializar con todos los niños y venir a verme cada pocos minutos para comprobar que seguía allí, esperándola.

El resto de mamás rodeaban la zona de juegos en corrillos hablando de diversos temas. Yo siempre había preferido mantenerme alejada de ellas, observando en la lejanía, sin tener que mezclarme con esas desconocidas con las que acababa coincidiendo cada vez que iba al parque.

Miré el hueco vacío a mi lado en el banco. Esther aún no había llegado y ya no quería a Francine ocupándolo. La conocí allí, una tarde de juegos con Julia. Era una de esas mamás a las que le gustaban los corrillos, de las que se olvidaban de controlar a su hijo.

Empezó a mirarme, supongo que intentando adivinar si me gustaban las mujeres como a ella, antes de decidirse a acercarse a mí. Yo no aparté la mirada, desafiándola. Se sentó a mi vera en el banco, comenzamos a hablar, a descubrir todo lo que teníamos en común, una tarde tras otra hasta que las tardes se volvieron noches de insomnio, fríos amaneceres, desayunos en pelotas y convivencia con promesa de matrimonio en un futuro cercano. Tan rápido cómo construimos nuestros días juntas se destruyó nuestro cuento de hadas.

Y ahora estaba allí, viendo de nuevo jugar a Julia, sin las ataduras de una relación, esperando a Esther y al valor de asaltarla para saber si querría compartir noches conmigo, domingos de coladas, tardes de parques con Julia, castos placeres de pareja de enamoradas.

La pequeña empezó a saltar corriendo hacia donde yo estaba. Me preparé para recibirla en un fuerte abrazo, pero pasó de largo por mi lado.

—Tita Esther, tita Esther, has venido.

La alzaste sin esfuerzo cogiéndola en tus brazos. Tuve celos de Julia, yo también quería rodear tu cintura con mis piernas y perderme en el arco de tu cuello.

—Claro, pequeña, no podía faltar a esta tarde de chicas.

Me miraste sonriéndome. Me derretí entre las caricias imaginarias de tus ojos imaginándome apartando de un empujón a mi sobrina para ocupar su lugar devorándote a besos. No obstante, me mantuve sentada, a la espera de algún movimiento por tu parte.

La posaste en el suelo y Julia volvió a sus juegos, a sus descensos por el tobogán, a correr tras el resto de niños, a pelearse por un columpio.

—Hola, Pau. —Me besaste en la mejilla manteniendo tus labios por unos segundos eternos mientras sujetabas con tu mano mi cuello.

—Hola.

—¿Mucha resaca?

—A penas. ¿Tu tristeza?

—¿Qué tristeza? Gracias por estar, Pau. Eres como un faro en mitad de la tormenta.

Ojalá hubieses sabido que para mí tú también lo eras.

—No hay nada que agradecer, para mí es un placer, un regalo, poder estar contigo.

—¿Aunque sea viéndome así?

—Sobre todo viéndote así, tan humana, tan persona, y pudiendo ser la culpable de alejar esas nubes de tormenta. —Me atreví a posar mi mano sobre la tuya que tenías posada en tus piernas.

—Es una pena que tenga que marcharme tan pronto, lo estoy pasando realmente bien contigo, aunque ayer me montases el numerito. ¿Qué te pasó? Esos dos estaban de muerte, Pau.

—No soy chica de una sola noche.

—Claro, claro, y el otro día estabas desnuda en casa porque te gusta andar en pelotas, ja ja ja.

—Touché.

—¿Sí? ¿Por eso no quisiste ligar con los macizorros? ¿Estás con alguien? ¿No sería Fran? Cómo fuese tu ex te mato.

—No, no era mi ex. Ni estoy con nadie. Solo fue, fue una locura transitoria. —Acabé el café encestando el vaso vacío en la papelera.

—Bah, que no está mal liarse con alguien y si te he visto no me acuerdo.

—Pero yo no soy así, y menos cuando me gusta alguien. —¿Por qué tenía que hablar sin pensar? Me maldije a mi misma.

—Pau, pero eso es magnífico. ¿Y a él le gustas?

—No lo creo, por eso no es magnífico.

—¿Cómo no le vas a gustar? ¿Tú te has visto? ¿Quién no querría estar contigo?

—Tú. —solté a bocajarro sin pensar.

—Pero eso es distinto, yo soy una mujer.

—Claro, es verdad, tú y yo somos mujeres —dije golpeándome la frente con mi sonrisa de medio lado.

Julia volvió a correr hacia nosotras gritando.

—Tita Fran, tita Fran, has vuelto.

Me levanté como un resorte girando sobre mis talones para verla frente a mí. Era la primera vez que coincidíamos desde la ruptura. Llegaba al parque con su hijo colgado de su mano. Se agachó para besar a Julia y lo soltó para que ambos pudiesen ir a jugar juntos.

—Te ves muy bien y, —te lanzó una mirada asesina antes de continuar—, muy bien acompañada.

—Hola, Francine —saludé con displicencia—. Me alegro de verte.

—Te va a crecer la nariz, nunca supiste mentir.

—No cómo tú, ¿verdad?

—Cariño —me tomó de la mano—, ¿no vas a olvidarlo nunca?

—Esther —te miré suplicante—, hazme un favor, si alguna vez me olvidó de la traición de esta bruja, golpéame con un palo en la cabeza.

—Esther, ¿verdad? —Asentiste—. Estás con una loca posesiva, no digas después que nadie te advirtió.

—Quizás la loca posesiva sea yo —dijiste tomándome de la cintura apretándome contra ti—. Julia, cariño, tenemos que irnos.

—Dios las cría...

—Sí, Francine, y nosotras nos juntamos. Por cierto, gracias por haberla engañado, de no ser por ti no estaría ahora mismo con la mujer más maravillosa del mundo. Tú te lo pierdes —apostillaste en el momento justo que Julia llegó hasta nosotras posicionándose entre ambas tomándonos a cada una de una mano.

—Pau, si no te dan lo que necesitas ya sabes, tienes mi número. —Te retuve con delicadeza antes de que te abalanzases sobre ella.

—¿Lo que necesito? Tengo todo lo que puedo desear, Francine, todo y mucho más.

Comencé a caminar sin mirar atrás, con la sensación de haber cerrado una vieja herida, con la satisfacción de verte salir en mi defensa, aunque sabiendo que la burbuja de estos días acababa de estallar y que, ahora que sabías que me gustaban las mujeres, ya no volverías a mostrarte tan cercana como lo habías hecho hasta ese momento.

Capítulo 15

16 de mayo de 2019

En cuanto dejamos a Julia con mi hermana sentí la necesidad de desaparecer, de alejarme de ti. No quería enfrentarme a la conversación que estaba por venir, no quería que me dijese que no te sentías atraída por las mujeres pero que podíamos ser amigas, que querías ser mi amiga. No podía afrontar ese momento en el que el globo de mis ilusiones explotase desparramándolas sin que ninguna se hiciese realidad.

Salí corriendo de casa de Alma, casi sin despedirme, a traición, mientras tú hablabas con ella de cómo había ido la tarde. Escapé de ti como una cobarde, sin imaginar que tu reaccionarías dejando a mi hermana con la palabra en la boca saliendo tras de mí.

Me tomaste del brazo en la escalera, a la altura del primer piso. Frenaste mi avance haciendo girar mi cuerpo y encontrarme frente a frente con tu ceño fruncido.

—¿Pero a ti que te pasa, Pau?

—A mi no me pasa nada.

—No, claro. Por eso te marchas corriendo justo después del encuentro con tu ex, que curiosamente no es un hombre como me habías dejado pensar.

—No, no es un hombre —respondí enterrando mi mirada en la punta de sus pulcros zapatos negros.

—No, Pau, no es un hombre, es una grandísima zorra. No sé como pudiste estar enamorada de esa hija de...

—Porque fue buena, y cariñosa, y atenta, porque me cuidaba.

—Sí, mientras te engañaba, mientras se iba con otras. No se merece tu tristeza, ni que cambies la felicidad que estabas sintiendo antes de verla por este enfado, o angustia o lo que sea. No lo merece, Pau. Tú vales mucho más que ella.

—¿Y quién me merece, Esther? Porque no veo a nadie conmigo. A nadie que me quiera —comenté en un susurro confrontando su mirada.

—¿Estás ciega? ¿Y Julia? ¿Y Alma? ¿Y yo? —Me sujetó por mis brazos agitando con suavidad mi cuerpo con cada pregunta—. Despierta, estamos aquí, contigo.

—Estáis, sí. Pero sabes bien que no es a eso a lo que me refiero. —Agité mi cabeza.

—No voy a irme, Pau —confesó enmarcado mi cara en sus manos—. Estaré para ti siempre que lo necesites. —Depositó un beso en mi frente antes de abrazarme ajustando mi cuerpo al hueco de su cuerpo.

—Pero no como lo necesito.

Te separaste de mí y, sin desenredar tu mirada de la mía, te mantuviste erguida por unos minutos, en silencio.

—Quizás la que no sea suficiente para alguien sea yo, a lo mejor no soy lo bastante buena para ser tu amiga.

Lo había dicho, había levantado el muro de la amistad entre nosotras.

—Sabes que eso no es así, Esther. Yo te quiero —hice una pausa para ver su reacción antes de continuar— siempre en mi vida, como amiga. —Vi como soltabas el aire que estabas reteniendo en tus pulmones—. Déjame irme, Esther, déjame estar sola.

—No puedo dejarte sola, hoy no.

—¿Por qué? ¿Para acallar tu conciencia?, ¿para qué no piense que te alejas de mí por ser lesbiana? No necesito tu compasión.

—¿Y qué es lo que necesitas? ¿Encerrarte en tu casa? ¿Salir a emborracharte hasta que no sepas ni quién eres? ¿O quitarte el calentón con cualquier muchacha que encuentres en un bar?

«A ti, te necesito a ti». Luché contra viento y marea para que ese grito no pasase de mi cabeza a mis labios. Todo lo que deseaba en ese momento eras tú, un abrazo, un beso, pensar que lo nuestro era posible. Era lo único que necesitaba y lo único que no podría tener, así que me giré dándote la espalda, caminando hacia el portal, hacia mi casa, alejándome de ti sin responderte. No era fácil admitir en voz alta que sí, que yo era exactamente cómo me habías descrito, una persona que afrontaba sus tristezas intentando asfixiarlas en alcohol y que apagaba sus ganas de ti en otros cuerpos de mujer.

Capítulo 16

17 de mayo de 2019

Me pasé la noche dando vueltas por Salamanca. Afrontando lo mejor que podía el terremoto de pensamientos y sentimientos que seguía agrietando mi corazón. Luchando desesperadamente no sucumbir en el calor de unos brazos llenos de falso cariño o la falsa calma del abrasador alcohol bajando por mi garganta. El amanecer me sorprendió a cien metros de tu portal. Mi subconsciente me había dirigido hacia el lugar que reportaba paz a mi alma.

Quise pedirte perdón por haberte dejado plantada en medio del portal, por ser una gilipollas, por no haberte contado desde el principio que me gustaban las mujeres, que tú me gustabas. Por dejar que fueses cariñosa conmigo y disfrutar de ese cariño de un modo distinto al que tú disfrutabas. Por no poder ofrecerte tan solo tu amistad ni poder aceptarla. Para mí siempre serías más, más que una amiga, más de lo que podría tener jamás, más de lo que esta imbécil se merecía.

Pero la vergüenza, el miedo y mi maldita inseguridad ganaron la batalla alejándome de ti en aquella mañana.

Seguí caminando hacia la otra punta de la ciudad, hacia mi casa. Comprendí porque aquella primera noche te habías quedado conmigo, no había sido por mí, había sido por la distancia y la soledad de las calles que tenías que atravesar tal y cómo habías dicho.

Comprendí que tus abrazos, tu cariño, tu simpatía, solo eran el reflejo de lo que tú necesitabas en ese momento para salir del agujero de tristeza que yo había descubierto y habías reconocido en mi alma como si te estuvieses mirando en un espejo.

Y, desenredando mis pensamientos, apagando mis esperanzas con cada paso, llegué hasta la puerta de mi piso dónde me esperabas tú, Esther, sentada en el suelo con la espalda apoyada en la pared, tu cabeza apoyada en los brazos que rodeaban tus piernas, dormida.

Me permití observarte unos minutos sentada frente a ti. Eres tan dulce, Esther, tan bella en cada rincón de tu cuerpo, que hipnotizas aún estando perdida en los brazos de Morfeo.

La puerta del portal se cerró sonoramente. Te despertaste sobresaltada, desubicada, pero cuando mis ojos se engarzaron en tu mirada, respiraste aliviada, acordándote de dónde estabas.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —preguntaste incorporándote.

—Menos que tú. —Seguí tus acciones poniéndome de pie también rebuscando en mi bolsillo las llaves de mi casa.

—¿Dónde pasaste la noche?

Me quedé con las llaves en el aire a la espera de que encontrasen la cerradura, procesando la información que esa simple pregunta dejaba entrever.

—¿Has estado aquí toda la noche? —indagué sorprendida girando mi cara hacia ti para ver cómo asentías.

—Llevas la misma ropa de ayer. —Que torpe había sido al no darme cuenta, ella también llevaba el mismo traje del día anterior—. Y no has dormido aquí.

—No, no he dormido aquí ni en ningún lado. —Vi furia en tu mirada y en tus puños apretados—. He estado caminando, toda la noche —aclaré con rapidez viendo como tu gesto se relajaba—. ¿Quieres pasar?, creo que las dos nos merecemos un buen desayuno y un poco de descanso.

Avanzaste con timidez, con la duda incrustada en cada paso, en cada movimiento. Una

indecisión que convirtió una anhelante caricia en un tímido roce de tu mano en mis dedos al pasar a mi lado para entrar en la vivienda.

—¿Café y crepes? —Sin esperar tu respuesta comencé a abrir armarios para encontrar lo necesario dándote la espalda para ocultar los nervios que me asediaban.

Tú te habías sentado frente a la isleta de la cocina, observándome en silencio.

—Tenemos que hablar. —Aquella frase nunca traía nada bueno—. ¿Por qué te comportas así conmigo? ¿Qué ha cambiado?

—Descubriste que Fran era Francine. Te hiciste pasar por mi novia.

—No era la primera vez que lo fingíamos. Dime que ha cambiado, porque sinceramente, para mí sigue siendo todo igual, salvo tu comportamiento conmigo.

—Pero para mí no, Esther. Para mí que sepas que me gustan las mujeres lo cambia todo —aclaré posando el recipiente con la mezcla de los crepes sobre la mesa.

—No lo entiendo, Pau. —Intentó posar su mano sobre la mía, pero yo la aparté, comenzando a remover la masa—. A mí no me importa quien te guste, o con quién te acuestes. —Vi como se ruborizaba y bajaba la mirada.

—Pues anoche bien que me lo echaste en cara. —Me pellizqué el puente de la nariz—. Perdona, ha estado fuera de lugar. —Me disculpé continuando con la preparación del desayuno.

—Somos amigas. Sé que apenas nos conocemos, pero en este tiempo, me has soportado, me has hecho reír, me he sentido muy cómoda a tu lado. Tus gustos no cambian en nada lo que yo siento por ti.

«Porque tú eres mis gustos, Esther» te dije mentalmente, rezando para que no pudieses leer mis pensamientos.

—Ojalá pudiese explicártelo.

—Hazlo, Pau, explícamelo, porque te juro que necesito entenderlo. No puedo perderte, no puedo perder a una persona tan especial como tú.

—Lo siento, Esther. —Puse un plato con crepes y una taza delante de ella.

—Joder, Pau, que somos amigas, yo confío en ti. —Tu móvil comenzó a vibrar sobre la meseta. Pude ver el nombre de tu ex brillando en la pantalla antes de que rechazases la llamada y lo volteases.

—Ya veo lo que confías en mí. ¿Y este qué quiere ahora? —Exudaba celos en cada palabra.

—Que nos casemos. Ahora quiere que nos casemos cuando nunca quiso hacerlo. Ni tener hijos. Ni ninguna de las cosas que yo siempre soñaba.

—Has enumerado cada uno de mis sueños. —Llené su taza—. Puedes quedarte a dormir si quieres, ya conoces mi cama.

—Más que tus pensamientos.

—Volverás con él —esquivé sus preguntas encubiertas entre líneas con esta afirmación.

—No lo sé.

—Creo que lo sabes de sobra, te ofrece todo lo que siempre quisiste.

—Menos a él, ya no le quiero. —Comenzaste a llorar. ¿Cómo iba a saber la maraña de pensamientos que se habían enredado en tus neuronas?

Juré que nunca más iba a permitirme sentir el roce de tu piel, pero verte así, tan hundida en la tristeza, frente a mí, pudo más que mi fuerza de voluntad y mi parte sensata. Rodeé la meseta para protegerte en el escudo de mi abrazo y sentir los océanos de lágrimas empapando mi hombro. Acaricié tu pelo y tu espalda, sintiendo como a mi lado tu cuerpo se relajaba, al tiempo que me apretabas contra ti bajando tus manos de mi cuello a mi cintura.

—Venga, acábate el desayuno, y te tumbas a dormir, que luego nos espera tarde de manta y

sofá y maratón de películas. —Me giré volviendo a mi parte de la mesa para poner distancia entre nosotras, momento que aprovechaste para darme una cachetada traviesa en el culo—. ¡Oye!

—Abrazame mientras duermo —suplicaste con tu voz cargada de nostalgia.

—No me pidas eso, Esther.

—Hoy necesito tus brazos, Pau.

Inspiré cediendo ante tus deseos con la firme convicción de que me acabaría arrepintiéndome.

Capítulo 17

17 de mayo de 2019

Aquel abrazo estaba siendo una tortura. Quería apretarte contra mí, acariciar tus mechones, besar tus hombros, sin embargo, me mantenía rígida, con sumo cuidado de no rozar ninguna de tus partes más íntimas, ni las cargadas de erotismo como la curva de tu cuello, o el incitante lóbulo de tu oreja.

Te tenía tan cerca y tan lejos a la vez. Tu no rehuías de mi contacto, y yo no quería acercarme demasiado para evitar caerme en el abismo de tu cuerpo, tan cálido, tan perfecto, tan condenadamente tentador.

En cuanto te dormiste me alejé de ti abandonando la cama. No podía seguir ahí, torturándome, conteniéndome. Te deseaba tanto que temía perder los papeles lanzándome a por ti para hacerte gemir al ritmo de mis dedos y retorcerte al compás de mi lengua.

Me trasladé de la cama a la ducha para lavarme las ganas de ti y tu dulce aroma que se había impregnado en mi piel. Las gotas de agua caían rítmicamente sobre mi cabeza, resbalando por mi pelo, por mi espalda, deslizándose entre mis piernas, por el mismo lugar en el que mis dedos querían colarse entre mi carne trémula para ahogar el deseo que habías encendido con solo mirarme.

Comencé a tocarme, a retorcer mis pezones, a acariciar aquellos labios hinchados y un clítoris demandante de sexo. Comencé a avivar las brasas con tímidos movimientos, pensándote, recordando el perfil de tus pechos, de tu boca pintada de rojo, recordando la suavidad de tu piel y, de repente, se esfumaron las ganas con un fugaz pensamiento. Sentí que te estaba traicionando, violando, aprovechándome de tu amistad, de todo lo vivido bajo ese disfraz. Sentí que todo lo que me habías dado lo habías hecho sin saber las guerras que desatabas en mi interior y no era justo, no era justo utilizar tu recuerdo para satisfacer los hambrientos fantasmas de un hambriento Monte de Venus, para cicatrizar las heridas de un corazón devastado.

Ahogué un grito rabioso mordiendo mi puño cerrado, desahogándome bajo el torrente de agua caliente que sonrojaba mi piel, pero no caldeaba mis entrañas. Lloré, mezclando entre ellas mis lágrimas, sollozando como una niña pequeña desconsolada.

Necesitaba tu abrazo, tu calor, como tanto habías necesitado el mío. Y, sin embargo, solo supe quedarme allí, sentada en la fría loza del plato de ducha en posición fetal, dejando que el repiqueteo constante de las gotas masajease mi piel desnuda, sabiendo que, en la cama de mi habitación, tan cerca y tan lejos, estabas tú, Esther, el amor de mi vida que Cupido pasó de largo.

Capítulo 18

18 de mayo de 2019

Pasamos la tarde tumbadas en el sofá, bajo una manta roja de cuadros. Acabaste tumbada en mi regazo, durmiendo los capítulos de Buffy que yo había visto mil veces y que tú no conocías. Temía moverme y despertarte, porque, a pesar del dolor de no saberte mía, de saber que nunca lo serías, aquellos momentos de complicidad alegraban momentáneamente mi alma, aunque luego me hundiesen más aún en el fango de mi desdicha.

¿Cómo podías dormir así, tan despreocupada, abrazando mi muslo, sabiendo lo que un cuerpo de mujer me provocaba? ¿Acaso pensabas que tú no eras bella, ni merecedora de que mi piel se erizase con tu contacto, con tu aliento recorriéndola? Dime, Esther, ¿quién te hizo creer que no provocabas deseo, que no eres capaz de acariciar las almas, de despertar las más excitantes fantasías?

Antes de dormirte me hablaste de tu ex, de lo que habías luchado por esa relación y de las veces que él se negó a cumplir tus sueños. De cómo se fue apagando la llama y de cómo ahora que te había perdido, juraba hacer lo imposible para volver a estar juntos. Lo odié por no saber hacerte feliz, por no haberte valorado, por correr detrás de ti para amarrarte a la rutina de sus días ofreciéndote aquellos dulces caramelos que siempre te había negado.

Por eso, cuando llegada la noche sonó el timbre de mi casa, y abrí la puerta para encontrarme con aquel apuesto hombre con un ramo de rosas en su mano preguntando por ti, fantaseé con romperle la cara de un puñetazo.

Desconcertada por la sorpresa solo lo hice pasar, para que observase con sus propios ojos la escena, de ti con mi pijama puesto, desperezándote sobre un sofá en el que aún estaba marcada la silueta de mi cuerpo a tu lado.

Fue una efímera victoria ver tu gesto contrariado mientras te estirabas para mostrar la camisa desabotonada hasta la mitad mostrando gran parte de tus pechos.

Esa victoria duró justo el tiempo que tardaste en procesar que en el salón de mi piso estaba Javier intentando conquistarte de nuevo. Y, a pesar de los reproches, del amor que decías extinguido, de rogarle que te diese tiempo, acabaste por marcharte a cenar con él esa noche dejando frío y vacío el hueco del sofá a mi lado.

Verte marchar por esa puerta acompañada de tu ex hizo despertar los más terribles presagios. Y, lejos de lánzarme a la calle o a besar los labios de una botella de tequila, me quedé en casa, tumbada en la cama, vistiendo el pijama que te había prestado, abrazada a la almohada que aún conservaba el olor de tu pelo.

Lo primero que hice al despertar fue revisar mi móvil esperando ver algún mensaje tuyo. No había ninguno, ni de ti, ni de nadie, parecía haber desaparecido para el mundo. Decidí que no podía seguir así, como un zombi tras tu amor, penando por las esquinas cuando no estabas, perdiendo mi vida en pos de un futuro imposible.

El móvil me chivaba la hora. Media tarde, una noche entera y más de un cuarto de mañana durmiendo. Era hora de espabilar, de arreglarme para avanzar en la vida. Era hora de vivir por mi misma y sentir que el amor más grande debía dármele a mí. Y con ese espíritu renovado me preparé para retomar las riendas de mi corazón y hacer sin remordimientos lo que mi hermana me había recomendado, vivir, emocionarme con cada segundo, no perder oportunidades y besar

muchos sapos, ranas y princesas, no para encontrar a alguien con quien estar a mi lado, si no para no malgastar este maravilloso regalo que es la vida.

No había tardado demasiado en conseguir plan para el tardeo y lo que surgiese. Me preparé para salir a disfrutar en compañía de mis amigas de una sesión vermut, comida y una noche de diversión. En una hora ya estaba saliendo por la puerta de mi piso con mucha fuerza, cargada de esperanzas, el móvil en mi mano, una sonrisa en mi rostro, y con mi atención perdida en mis expectativas de lo que restaba del día. Por eso te sentí antes de verte, golpeando mi cuerpo contra el tuyo que me impulsó hacia atrás. Me atrapaste entre tus brazos para evitar que me cayese desestabilizando el resto de mis sentidos.

—¿Estás bien? —preguntaste mientras me ayudabas a recuperar la verticalidad tirando de mí hacia ti.

—¿Qué haces aquí?

—Venía a ver si querías, si querías pasar el día conmigo.

—Mira, Esther, me encantaría, pero tengo planes.

—¿Puedo ir contigo? —cuestionaste con voz baja, sumisa, suplicante.

—No te va a gustar.

—¿No quieres que vaya contigo? —La desilusión cubrió tu rostro comenzando a girarse para irse de allí.

—Espera, Esther. —Te sujeté firmemente impidiendo que te marchases—. Es que he quedado con mis amigas, ya sabes, para salir por el ambiente y te sentirías incómoda.

—Déjame ir, quiero conocerlo todo de ti. —Acomodaste el hueco de tu mano en mi mejilla acariciándola con tu pulgar—. Al fin y al cabo, vamos a ser familia. —Alzaste tus hombros.

Cerré mis ojos regalándome la suavidad de tus caricias. Asentí, permitiendo que entrases de lleno en mi mundo en la última noche antes de que te marchases en busca de tus sueños.

Capítulo 19

18 de mayo de 2019

Nunca te había visto tan desinhibida. Quizás, la cantidad de alcohol que ya habías bebido antes de llegar al Carmen Bar, fue en gran parte culpable de ese comportamiento que hacía que me enamorase más aún de ti.

Estabas como pez en el agua en mi grupo de amigas, riéndoles las gracias, sin apartarte ante sus roces, bailando, saltando, abrazadas, juntas, mientras yo os observaba apoyada en la barra, con mi cuerpo perfectamente asentado en sus ondulaciones y mi mano sobre ella sujetando una cerveza.

En mi cara se formaba una sonrisa mientras imaginaba que encajabas demasiado bien en mi mundo para no formar parte de él. Comenzaba a montarme cuentos de hadas en mi cabeza, de princesas rosas, azules, de los colores del arcoíris, en los que siempre acababas rescatándome de la prisión en la que la bruja Francine me había encerrado con su terrible encantamiento. Así eras tú, dueña de mi alma, de mis deseos, la única que me había devuelto a la felicidad, que se había dejado cuidar por mí para después cuidarme también, aunque me dejases, como todas, al borde del abismo con tu marcha. Solo había una diferencia, tú, Esther, habías sido sincera desde el principio. Nunca me habías prometido finales felices, ni un banquete de perdices. Tú tenías fecha de caducidad, demasiado cercana, ahora ya inminente. Yo lo sabía y aun así me deje enredar en este hermoso cuento en el que, tú y yo, dos princesas atrapadas en la apatía, éramos las protagonistas.

Dejaste de saltar, de bailar, y cruzaste tu mirada con la mía sintonizando nuestras sonrisas. Estática por un segundo, antes de comenzar a caminar hacia mí, contoneándote como nunca te había visto hacerlo. Al llegar liberaste la cerveza de mi mano dedo por dedo antes de arrastrarme al centro del bar y encajarte entre mis piernas para comenzar con los pasos de bachata que marcaban el ritmo de la música que estaba sonando.

Me dejé llevar por ti, por ese baile desacompañado fruto del alcohol. ¿Qué me importaba que no fuese perfecto? ¿Qué pareciésemos patos mareados? Si podía sentir tu mano aferrada a mi cadera y tu aliento caliente erosionando mi cuello. Si tus labios me desafiaban a milímetros de mi boca repitiendo la letra insinuante de la canción. ¿Por qué no iba a poder disfrutar de la nube en la que nos encontrábamos mientras los compases siguiesen sonando?

Pero todo acaba, como los tres minutos de la bachata, y sin previo aviso rompiste nuestro cuento de hadas, separándote de mí para acercarte de nuevo a mis amigas, saltando, gritando la letra de las siguientes canciones, apurando los cubatas que no dejaban de pasear por tus manos.

Seguiste con la misma tónica bar tras bar, hasta que llegamos al Submarino. Allí tu mareo era ya más que evidente, tus eses parecían una chicane al andar. Decidí que era el momento de cortar aquel sinsentido y llevarte a casa para que a la mañana siguiente pudieses llegar a la hora al tren que te llevaría de nuevo a tu hogar.

En un acto de contorsionismo conseguí colocarte el abrigo y, sujetándote de la cintura, sacarte del bar. Te revelabas intentando volver con la excusa de despedirte de mis amigas. Solo cuando accedí a llevarte a dormir a mi casa para que tu hermano no te viese en ese deplorable estado, te dejaste llevar mansamente por mí hasta el taxi que nos dejaría en el portal.

El corto trayecto en el ascensor tuve la suerte de recibir mil besitos en mi cuello, en mi cara,

besos de abuela que me sabían a preliminares en el ensueño que me había montado en mi imaginación.

Te abrazaste a mí como un koala para avanzar hasta mi habitación, repitiéndome una y otra vez que yo era una muy buena amiga, lo que me querías y que no me ibas a olvidar, que me llamarías todos los días y cualquier otra cosa que pudiese ocurrírsete, como que éramos Pausther. Me reí al escuchar ese apodo para nosotras, como si fuésemos a tener una historia épica entre las dos, como si fuésemos a ser como esos personajes de las series a las que los fans juntan un trocito de cada nombre y siempre las llaman por él.

Te senté en el borde de la cama mientras iba a buscar mi pijama de franela de Winnie The Poh, era el momento de tomarme mi revancha. Alzaste los brazos para que te quitase el jersey y el top, y, cuando te quedaste solo con el sujetador rodeaste mi cuello con tus brazos y asaltaste mi boca. Te abracé para no caerme y me perdí en el laberinto de tus labios intentando aferrarme a algún lugar con mi lengua sin miedo a perderme en él. Te dejaste caer sobre la cama llevándome hacia a ti pegada a tu cuerpo casi desnudo.

El beso continuaba, profundo, húmedo, caliente, como las palpitaciones de mi sexo y el deseo fogoso que comenzaba a formarse en mi bajo vientre. Tus manos agarraron mis nalgas, manoseándolas sin cuidado. Escuché leves jadeos escaparse de tus labios mientras mi muslo rozaba las costuras de tus vaqueros. Y con esos gemidos ahogados desperté de mi sueño hecho realidad.

No podía tenerte, Esther, no así, aprovechándome de tu estado. Estabas terriblemente borracha, a la mañana siguiente seguramente no recordarías nada, ni que fuiste tú la que iniciaste aquel juego, ni la que quemaste mis entrañas con tus besos. Ni te acordarías del momento que habríamos pasado juntas, ni de la pasión desatada que prometían tus ardientes caricias.

Me armé de fuerza para separarme de ti, de tu cálido y perfumado cuerpo, de la humedad de tu lengua, de una noche entre tus piernas. Me incorporé ante tu mirada contrariada, posando mis manos a cada lado de tu rostro. Me puse de pie mientras tú seguías en el colchón esperando algo más de mi parte, hasta que comprendiste que aquello era el final de la noche de pasión que tú habías querido iniciar. Compréndelo, Esther, estabas demasiado borracha y yo no quería ser tu experimento. Probarte y no tenerte más habría sido una terrible condena.

Dejaste que te pusiese la chaqueta del pijama entre sollozos. Y con el pantalón te dejaste hacer como si fueses una muñeca. Recoloqué tu cuerpo en la cama cubriéndote con la manta. Te tumbé a tu lado rodeándote con mi brazo. Te moviste, apenas unos centímetros, para alejarte de mí. No sé si por vergüenza, rabia o porque te habías dado cuenta del terrible error que habías estado a punto de cometer, pero yo me levanté dejándote sola en la habitación, para dormir en el sofá, desde donde podía escucharte llorar mientras intentabas ahogar tu llanto contra la almohada para no ser escuchada.

Era muy tarde cuando al fin me pude dormir al dejar de escucharte abatida, sintiéndome culpable, la mujer más miserable del mundo por haberte hecho daño, pero sabía que, a futuro, agradecerías mi gesto, aunque yo, en el fondo, tenía una terrible rabia por ser tan responsable, por respetarte de aquel modo cuando habías puesto ante mí lo que llevaba deseando una semana.

Me dormí y apareciste en mis sueños, radiante, sonriente, otra vez feliz, sin restos de lágrimas en los ojos. Eras tú, mi guerrera pelirroja, dispuesta a afrontar los retos de la vida cogida de mi mano. El estridente sonido del teléfono logró despertarme arrancándome de mi dulce sueño. Miré la hora, las tres de la tarde, y antes de descolgar a mi hermana, salí corriendo hacia la habitación para despertarte, ibas a llegar tarde a la estación de tren, apenas teníamos dos horas para ir a tu casa, coger las cosas y llegar a Vialia.

Abrí la puerta de golpe. Solo me encontré una cama vacía con las sábanas revueltas y el pijama tirado de cualquier manera encima de ellas. El aroma a alcohol y a tu perfume aún impregnaba la estancia. Te habías ido sin despedirte, sin un nos volveremos a ver, sin un hablaremos todos los días, haciendo evidente que habías dado por finalizada la historia de Pausther. Me senté en el borde del colchón sujetando la chaqueta del pijama entre mis manos para llevarla a mi nariz. Aspiré el olor de tu piel impregnado en las ropas tibias y lloré como tú lo habías hecho la noche anterior, cubriendo mi rostro con la chaqueta.

El móvil volvió a vibrar en mi mano. Me sequé torpemente las lágrimas recomponiéndome en un segundo, antes de responder a Alma.

—¿Se puede saber que ha pasado? —me recriminó como saludo.

—¿Qué ha pasado con qué? —respondí sorbiéndome los mocos.

—¿Qué has hecho, Pau?

—No he hecho nada.

—Pues dime entonces porque ha llegado Esther a casa hecha un guiñapo, con los ojos enrojecidos y diciendo que se marchaba para preparar su boda, cuando ayer salió de casa radiante, comentando que alargaba una semana más su visita y que, aunque había quedado en darle una respuesta definitiva a su ex hoy, tenía muy claro que no se iba a atar de por vida a ese mamarracho. Algo tiene que haber pasado.

—Joder, Alma, que no he hecho nada. Te juro que no nos hemos acostado. Fue ella la que se abalanzó a mí y yo no me aproveché. Si hasta he dormido en el sofá.

—¿Qué no te aprovechaste? ¡La madre que te parió! Mira que eres lentita a veces. ¿Tú sabes lo que le tiene que haber costado a Esther dar ese paso? Y vas y la rechazas.

—Estaba muy borracha, Alma, ¿cómo iba a seguir hasta el final?

—Es que no ves las señales ni aunque sean luminosas. Se iba a quedar más aquí, iba a rechazar Javier, se te echa a los brazos, te lo pone en bandeja y tú la rechazas... —Silencio—. No te entiendo, Pau.

—Joder, la he cagado, ¿verdad?

—Sí, cielo, la has cagado, la cuestión es que narices haces aún pegada al teléfono en vez de ir a arreglar este desastre.

Aquella frase hizo un click en mi cabeza, como si todo tuviese sentido en ese momento, Esther. Colgué sin despedirme. Me vestí con la misma ropa de la noche anterior que aún seguía tirada al lado del sofá y, sin pensarlo, salí corriendo en dirección a la estación con la esperanza de llegar antes de que te hubieses subido al tren. Quizás podríamos tener nuestro cuento de hadas, nuestro felices para siempre, nuestro banquete de perdices.

Capítulo 20

19 de mayo 2019

El taxi me dejó a la puerta. Las prisas eran evidentes en todos los viandantes, aunque no era tanta como la que impulsaba mis piernas. Necesitaba verte, aunque fuese una última vez, para intentar retenerte a mi lado, explicarte que nunca más iba a fallarte, que te amaba.

Te busqué entre la marabunta de personas que llenaba aquella estación reconvertida en mini centro comercial. Estiraba mi cuello intentando descubrir tu melena flambeada entre las cabezas de gente que abarrotaba el lugar. Te encontré cerca de las puertas que daban a los andenes. Salí corriendo esquivando cuerpos y maletas para retenerte por el brazo en el instante justo que estabas a punto de traspasar ese umbral que me dejaría a mí al otro lado sin posibilidad de hablar contigo.

—Espera, por favor —te supliqué jadeante sin apartar mi mirada de tus ojos.

—Es tarde —replicaste mientras negabas con tu cabeza y yo miraba el reloj.

—Aún queda tiempo, tenemos tiempo, escúchame por favor. —Accediste a mi petición sin decir ni una palabra, tan solo apartándote a un rincón para quitarnos de las puertas—. No lo hagas, Esther, no te vayas, no te cases con él, sabes que no es lo que quieres, no es tu sueño, ya no.

—Tú no sabes nada de mis sueños.

—Creo que es el mismo que el mío. —Te tomé de las más y tú bajaste la vista hacia ellas antes de romper nuestro contacto.

—No tenemos nada en común, Paula, ni nuestros sueños, ni nuestras vidas.

—Escúchame...

—No hay nada que escuchar, ya he tomado mi decisión.

—Pues escúchate a ti, lo que quieres y dime que no es lo mismo que yo quiero.

—Ya lo hice, Paula, me escuché. Por eso ahora estoy aquí, es el resultado de escuchar mi corazón. —Entendí el daño que la había hecho—. No sirvió de nada. Solo me confirmó que lo que tenía es lo más que podré tener, así que voy a por ello.

—Él te está engañando, no va a cumplir tus sueños, ¿cómo puedes volver a confiar?

—Si tuviese la respuesta quizás no estaría cogiendo este tren, Paula.

Siempre me hablabas entre líneas y te juro que no soy muy lista, Esther, no sé cómo no te habías dado cuenta. Así que no supe lo que me querías decir en ese momento. Ni supe responderte, ni que hacer para convencerte.

Me giraste, abrazándome por la espalda, y tirando una foto en el momento justo en el que depositabas un casto beso en mi mejilla.

Me volví derrotando mis miedos, tenía tan poco que perder en ese momento. Tomé tu cara entre mis manos lanzándome a robarte un nuevo beso antes de que te apartases de mí. Quería encadenarte a mis labios, atraparte en mi boca y no dejarte escapar nunca. Respondiste sin apartarte, sentí tu lengua jugueteando con la mía, rozando mi paladar, el filo de mis dientes. Te adentraste en mí de la única forma que era posible delante de tanta gente antes de separarte de nuevo.

—Será un bonito recuerdo —dijiste antes de marcharte.

Me dejaste allí, en aquel rincón de la estación, viendo como se escapaban mis esperanzas de

estar contigo. Cruzaste el umbral hacia los andenes sin mirar atrás, sin dudar, arrastrando la maleta que parecía más llena que cuando llegaste. Te llevabas en ella todos nuestros recuerdos, mi alma, tus incertidumbres, el peso de un futuro que no deseabas y los añicos de mi corazón.

Capítulo 21

19 de mayo de 2023

El sonido de la puerta me trajo de vuelta a la realidad a tiempo de no descubrirme. Escuché las llaves tintinear al dejarlas en el portallaves y de inmediato el sonido familiar llenando mis oídos.

—Hola, peque.

—Hola.

—¿Todos los años lo mismo? A ver, Pau, no fue nuestro mejor momento, pero ahora estamos aquí, ¿no?

—Lo que me hiciste sufrir, Esther.

—Ah, ¿y tú a mí no? —refunfuñaste poniendo los brazos en jarras—. Me rechazaste, bruja. ¿Tú sabes lo que me costó aceptar lo que quería y lanzarme?

—Otra vez, con la misma historia. Estabas borracha, Esther, no podía aprovecharme de ti.

—Estaba borracha, —un dulce pico en mi boca—, porque, —un beso más—, necesitaba —otro roce de tus labios—, fuerza para lanzarme. —sentenciaste devorando mi boca con avidez.

—Y cuatro años después no necesitas del alcohol para acosarme.

—Cómo si no te encantase, maestra —contestó volviendo a asediar mis labios.

Mezclamos nuestra saliva hasta quedarnos sin aliento, separándonos riendo.

—Me rompiste el corazón en la estación, Esther.

—Y tu a mí, en tu cama. Empate —replicaste pizpireta jugueteando con mi pelo después de sentarte a horcajadas sobre mis muslos—. Y, ¿sabes qué? —Negué con mi cabeza a la espera de su confesión—. Después de ti, esos dos son mis dos lugares preferidos.

Los míos también lo son, Esther, el lugar en el que amo tu cuerpo sin medida, y aquel en el que iniciamos nuestros primeros pasos como pareja, en el que nos declaramos oficialmente nuestro amor y tomamos las riendas de nuestras vidas a pesar del miedo y el vértigo que asomaba tras el felices para siempre y el atracón de perdices con el que comenzamos nuestro maravilloso cuento de hadas.

EPÍLOGO

19 de mayo de 2019

No podía volver a casa. No quería llegar y encontrarme esa cama vacía que anoche había llenado tu cuerpo, ni sentir el olor de tu piel impregnado aún en las sábanas. Me pesaban demasiado los momentos juntas y tu ausencia. Pensar en ti atada a otro destino distinto al mío horadaba más la tumba de la angustia clavada en mi alma.

Busqué la cafetería más vacía de la estación para ocupar un asiento con mi culo y mi tristeza. Pedí un café, centrarme en removerlo me ayudaría a no pensar en nada. Siempre utilizaba este recurso cuando me rompían el corazón, aunque en esta ocasión yo era la culpable de mi situación por no haber sabido jugar bien mis cartas.

Me arrepentí de no haberte amado, de no haberme perdido entre tus curvas, de no haberte dado el placer que me demandabas, que tus pupilas dilatadas y tus hinchados labios y tus turgentes pechos querían disfrutar entre caricias de mis manos y de mis expertos labios. Al menos habría conocido el sabor de tus orgasmos, el sonido de tu placer, al menos, habría descubierto que te morías por sentirme del mismo modo que yo me moría por tus huesos.

Te lancé a los brazos de tu desgracia, haciendo que escogieses un futuro que no era para ti, un futuro en el que no reirías con un cruce de miradas, ni se te erizaría el pelo con una caricia, ni jadearías con la cercanía de unos labios. Yo, que tanto deseaba arrancar de tu piel la tristeza, que tantas veces lo había conseguido en estos días a tu lado, te había arrastrado a ella con mis malas decisiones. Ni siquiera había sido capaz de convencerte con mi discurso improvisado, ni con mi último y apasionado beso que se quedaría tan solo en un «bonito recuerdo».

No levanté mi vista cuando la camarera posó otro café delante de mí. No la corregí, otro chute de cafeína podría sentarle bien a la angustia creciente de mi alma. Llevé mi mano a la taza, pero el tacto suave de una piel frenó mi avance.

—No es para ti.

Levanté mis ojos y te vi, de pie frente a mí. Con una tímida sonrisa en tu cara y una dulce mirada. Me quedé sentada, observándote sin saber cómo reaccionar. Eras un sueño fruto de mi desesperación, del deseo de tenerte a mi lado que me estaba jugando una mala pasada. Te sentaste frente a mí posando tus manos sobre la mesa. Lentamente te quitaste un anillo de tu dedo anular.

—Aceptarle no es una buena decisión independientemente de ti.

—Has vuelto —afirmé sin ser capaz de decir nada más.

—Tengo un encargo a medias, nunca dejo mi trabajo a la mitad. Una semana no ha sido suficiente con tantas «distracciones». —Sonreíste pícara.

—Claro, un encargo. Supongo que ya no tendrás tantas «distracciones».

Intenté levantarme para irme de allí. Estaba cansada de las decepciones, de las humillaciones, pero tú me sujetaste de la mano impidiendo que me fuese en el momento justo en el que la camarera posó una tarta frente a nosotras.

—Alma tiene razón, los mensajes hay que dártelos con luces de neón. —Reíste abiertamente dirigiendo tu mirada hacia la tarta.

—¿Qué mensajes, Esther?

—Dime, ¿qué es lo que quieres? ¿Qué quieres que seamos? ¿Qué quieres ser de mí?

—No quiero ser tu amiga, al menos, no solo tu amiga. Ya no, lo he intentado, Esther, pero no puedo tenerte cerca y no desearte. Y tú...

—¿Yo qué, Pau? —preguntaste empujando la tarta hacia a mí—. ¿Por qué no te das cuenta ya de lo que quiero?

Señalaste la cobertura. Encima había una frase torpemente escrita con nata: «Nos merecemos esta oportunidad».

Alcé mi vista. Seguías allí, frente a mí, esperando mi reacción que no llegaba. Te tenía a mi alcance y el miedo me atenazó. Miedo a estar imaginando algo que realmente no me decías. No podía fallar esta vez, no podía volver a decepcionarte.

Ante mi inmovilidad, tomaste un boli de tu chaqueta. Me subiste la manga del jersey y comenzaste a escribir en mi antebrazo: «No solo tu amiga». Justo en ese momento comenzó a sonar «Lo contrario a lo que me instalas» de Erre Violet. Y, cómo si de una premonición se tratase la primera frase: «no quiero verme otra vez arrojando el amor por la ventana», me lancé a tu boca con la fuerza de un huracán y el amor desbordado que brincaba de alegría en cada poro de mi piel, como duendes traviesos esperanzados.

Tus labios respondieron a mi beso sin timidez ni vergüenza, vertiendo todos los sentimientos contenidos de estos días, haciendo revolotear con fuerza las mariposas de nuestros estómagos.

Antes de que me diese cuenta, enredadas entre las letras de aquella canción, se iban desgranando el futuro que anunciaba aquel pastel precipitadamente preparado por la camarera que aplaudía nuestra reacción desde la barra arrastrando al resto de usuarios de la cafetería a una ola de aplausos y vítores que sonrojaron mi rostro más aún que mis ganas de ti.

Nos separamos ligeramente. Escondí mi cabeza en tu pecho sin saber dónde esconderme por ese espectáculo digno de viralizarse en TikTok. Te tomé de la mano, con intención de ir a pagar antes de marcharnos. Negaste con tu cabeza dándome a entender que ya lo habías hecho. Entonces, solo se me ocurrió acercarme a tu oído y susurrarte muy bajito:

—¿Qué te parece si continuamos donde anoche lo dejamos?

Asentiste con una amplia sonrisa llena de deseo y empezaste a correr tirando de mí con una mano y de la maleta con la otra, apremiada por las ganas de sellar entre las sábanas el comienzo de esta nuestra historia de amor accidentada, acumulando en tu hermosa boca los besos descarados que se morían de ganas por aterrizar en mi cuerpo.